



NOSOTROS

LOS COLEGAS

(Conclusión)

ACTO TERCERO

El despacho del doctor Blasco, en su casa de Buenos Aires. El mueblaje es cómodo y hasta elegante; un escritorio, bibliotecas, un sofá, sillones, luz eléctrica.... Sobre el escritorio, que está en segundo término á la izquierda, un florero con flores frescas. Una puerta á la izquierda, que se supone comunica con el consultorio; otra á la derecha, que debe comunicar con las habitaciones interiores; y una última en el medio, al foro. Por ésta, completamente abierta, se ve un vestíbulo, que sirve de sala de espera del consultorio y del despacho. Hay allí una pequeña mesa circular, con albums, revistas y una planta de helechos. Junto á la mesa, un par de sillas.

ESCENA I

MARIO Y DESPUES DOÑA EMILIA

(Mario está sentado ante su escritorio, escribiendo. A poco entra doña Emilia por la puerta de la derecha; está muy pálida y evidentemente enferma y débil; se apoya en un bastón. Al verla entrar, Mario se sorprende, se pone rápidamente de pie y acude presuroso á sostenerla. Tomándola de la cintura la conduce á un sillón).

MARIO (sentando á su madre en el sillón y arreglándole cariñosamente unos almohadones en el respaldar).—¡Cómo, mamá!... ¡Te has levantado contra mis prescripciones, y te vienes sola hasta aquí!...

DOÑA EMILIA.—Sí, hijo; estoy harta de cama. Necesitaba distraerme un momento... Por eso he venido á verte trabajar. Continúa, pues. No quiero interrumpirte, sino contemplarte.

MARIO (cerrando las puertas de la izquierda y la derecha).—Es una imprudencia esta escapada. Debieras ser más razonable. Pareces un chico.

DOÑA EMILIA.—Eso querría ser, al sentirme ahora tan viejita y enferma: una chica mimada, mimada por ti.

MARIO (*ante la puerta del foro*).—¡Sientes frío, mamá?

DOÑA EMILIA.—No. Deja abierta esa puerta para que entre aire. (*Aspirando con fuerza*). ¡Aire, aire es lo que necesito!—Y tú sigue trabajando y déjame tranquila. (*Tose ligeramente y se lleva el pañuelo á la boca*).

MARIO (*sentándose á su lado*).—No tengo nada urgente que hacer.

DOÑA EMILIA.—Entonces, ya que me siento tan bien esta tarde, vamos á hablar un momento de tus asuntos.

MARIO.—Ya sabes que mis asuntos están felizmente resueltos.

DOÑA EMILIA.—No, hijo. Tus asuntos no están todava resueltos. Tú me lo dices siempre para no alarmarme, y yo finjo creerte para tranquilizarte... (*Pausa breve*). No, hijo. Tus asuntos no están resueltos. Pero yo sé que se resolverán pronto, y á tu entera satisfacción. He pensado mucho sobre eso, y creo que no puede ser de otro modo.

MARIO (*echándolo á broma*).—Dime siquiera de qué asuntos se trata...

DOÑA EMILIA.—Primero, de la causa sobre el robo del hospital. Después, de la cuestión de honor que dejaste pendiente con Vilana. Y por último... de algo que yo me sé y no te lo digo.

MARIO.—Pues de todo eso... sólo me intriga lo que tú te sabes y no me dices. No se me ocurre qué puede ser... ¡Estás tan enterada!

DOÑA EMILIA.—Pues también sé que esperas de un momento á otro el fallo del juez... Y que si te es favorable, estás decidido á saldár inmediatamente cuentas con Vilana.

MARIO (*sorprendido*).—Sabes más que yo...

DOÑA EMILIA.—Y aún más de lo que te digo. Sé que el fallo condenará á Rosales y te absolverá, declarando que la causa no afecta tu honor...

MARIO.—No era eso difícil de presumir.

DOÑA EMILIA.—Y sé que Vilana te dará espontáneamente una satisfacción y tal vez antes del fallo, en cuanto lo presuma.

MARIO.—¿Por qué?

DOÑA EMILIA.—Porque le conviene, si quiere seguir en la facultad, donde tu renuncia no puede ser aceptada.—No tienes más que cruzarte de brazos y esperar. Si tomaran esa actitud de espera los hombres exasperados, ¡cuántos errores se evitarían! (*Una pausa*).

MARIO.—Pues tienes razón. Vilana y Ferrando me han enviado un emisario, preguntándome si podía recibirlos... amistosamente.

DOÑA EMILIA.—Los recibirás, supongo. A enemigo que huye...

MARIO.—Más creo en una amnistía y hasta en una estratagemata que en una huida... Pero, sea como sea, los recibiré. (*Pausa breve*). Quedamos, pues, en que todo acabará bien para mí. "Fin bueno, todo bueno". Debes alegrarte. Y espero que la satisfacción ayudará tu convalecencia. Harás el esfuerzo de vivir para verme vencer. Siempre he tenido la superstición de que nada acaece en la vida con más oportunidad que la muerte. Se vive... cuando el porvenir nos reserva goces. Se muere... cuando el porvenir sería una noche sin aurora.

DOÑA EMILIA.—¡Hijo mío, no nos hagamos ilusiones sobre mi enfermedad! (*Tose otra vez ligeramente, y vuelve á pasarse el pañuelo por la boca, con lentitud*). Esto marche, y creo que acabaré muy pronto. Tú como médico debes saberlo mejor que yo.

MARIO (*con fingida alegría*).—Pues como médico sé que pronto vas á sanarte.

DOÑA EMILIA.—Nueva mentira piadosa, Mario, con la que ni me engañas ni te engañas á ti mismo. (*Cambiando de tono*). Precisamente, me he levantado hoy porque quiero hablarte de cosas importantes, para tí y para mí. Acá me parece que podré hacerlo mejor que en la cama. Tal vez sea esta la última conversación seria que yo pueda sostener contigo...

ESCENA II

DICHOS Y UNA CRIADA

UNA CRIADA (*entrando por el foro con una carta en la mano*).—Una carta para la señora.

MARIO (*levantándose y tomando la carta*).—Démela usted, ¿No tiene contestación?

LA CRIADA.—No; ha venido por correo.

MARIO.—Está bien. Gracias. (*Sale la criada por el foro*).

DOÑA EMILIA.—Leeme tú esa carta, hijo. Yo no tengo anteojos para leerla... ni cabeza.

MARIO (*después de leer la carta, y quedando de pie*).—Son tres líneas muy cariñosas de Pura... Contesta una tarjetita que le enviaste ayer, el día de su cumpleaños... (*Pausa breve*). ¿Y cómo no me dijiste que querías escribir á esa niña?

DOÑA EMILIA.—Porque tú no me lo hubieras permitido y yo no tenía fe en lo que tú escribieras en mi nombre, estando tan enojado con la familia de Arval.—¿Qué me dice Pura?

MARIO (*dejando la carta sobre el escritorio*).—Dice que va á venir hoy á verte. (*Pausa breve*). Pero tú no puedes recibir todavía ninguna visita. Estás demasiado débil. La conversación te haría mal. (*Toca el timbre*). Voy á dar orden para que no la hagan entrar.

DOÑA EMILIA (*con vivacidad insólita en su estado de poe-*

tración).—Sí. Que la hagan entrar. Tengo que hablar con ella... (*A la criada, que entra por el foro*). Espero una visita, la señorita Pura... Si viene, voy á recibirla aquí. (*Sale la criada*).

MARIO (*contrariado*).—¡Sería una locura!

DOÑA EMILIA.—Todas las cosas verdaderamente buenas y hermosas parecen locuras (*Pausa breve*). (*Mostrando á Mario un medallón que lleva en el pecho*). Quiero ofrecerle unas cartas y esta miniatura de su madre. Tú se lo entregarás todo cuando yo muera. (*Sacándose el medallón y pasándoselo á Mario*). Mira que linda era mi amiga Carmen. Este es su mejor retrato.

MARIO (*contemplando la miniatura del medallón*).—Era realmente muy linda.

DOÑA EMILIA.—¡Y tan inteligente, tan buena!

MARIO (*pensativo y para sí mismo, contemplando siempre la miniatura*).—Pura se le parece. Tiene la misma belleza y la misma expresión de inteligencia y de bondad, que no he encontrado en ningún otro rostro humano.

DOÑA EMILIA.—Pues es de Pura y de los Arval de quienes quería hablarte. (*Mario devuelve la miniatura, hace un gesto de viva contrariedad y comienza á pasearse por la pieza; pero lentamente á causa del estado de doña Emilia, para no molestarla*). A ellos se refería eso que me sé y que tú te ignoras...

MARIO.—Sabrás que Silvia se casa con Téllez; la noticia ha aparecido en todos los diarios. Sabrás también, puesto que te lo he dicho, que á mí ahora me es completamente indiferente ese casamiento. Silvia no es capaz de comprenderme; nunca me hubiera hecho feliz. Hasta me alegro del triunfo de Téllez. En su círculo de títeres, él es casi un hombre.

DOÑA EMILIA.—No se trata ya de Silvia, sino de Pura...

MARIO.—Es también de la familia.

DOÑA EMILIA.—... Y de tí.

MARIO (*parándose y recostándose contra el escritorio*).—¡De Pura y de mí!... Pura siempre ha sido buena y gentil. Se ha portado hasta generosamente conmigo. Pero de ahí no puedes inducir que debamos casarnos. (*Ríe un tanto forzadamente*). Ni ella ha pensado en casarse conmigo, ni yo con ella... Ni con nadie. Me quedará solo, para cuidarte.

DOÑA EMILIA.—Poco tiempo tendrás ya que cuidarme, mi pobre hijo; siento muy próxima la muerte. Seamos valientes ante la muerte. Y ser valiente ante la muerte es pensar en la vida, en la vida de los que quedan. (*Movimiento de protesta en Mario*). ¡No te alarmes, hijo! No voy á darte consejos patéticos. Lejos de eso, quiero hacerte la agradable revelación de un pequeño descubrimiento que he hecho.

MARIO.—Un descubrimiento, y agradable. ¡te felicito!... No se hacen tales todos los días.

DOÑA EMILIA.—He visto algo que no vieron tus ojos, y quiero abrírtelos yo antes de que tú cierres los míos.

MARIO.—¿Y qué quieres hacerme ver, madre?

DOÑA EMILIA.—El porvenir. Mira un poco hacia atrás... Mirando hacia atrás es generalmente como se ve hacia adelante. (*Pausa breve*). ¿Has olvidado que cuando eras niño tuviste una noviecita?

MARIO (*ligeramente emocionado*). No lo he olvidado, mamá. Cuando éramos chicos jugábamos siempre á los novios con Pura Brest.

DOÑA EMILIA (*después de un nuevo acceso de tos, leve como los anteriores*).—Y en cuanto creciste y te apuntó el bozo sobre el labio, se acabó el juego. Miraste á la amiguita con la indiferencia del hombre hecho y derecho.

MARIO (*interrumpiendo*).—Siempre fuí amigo de Pura.

DOÑA EMILIA.—Murió Carmen, y Pura fué recogida por la familia de Arval. Entonces dejaste de ver largos años á la amiguita de tu infancia... Y cuando te encontraste de nuevo con ella, te enamoraste ó creíste enamorarte de su prima Silvia... ¿No es así?... (*Mario asiente con la cabeza*). Hubo un momento en que estuviste suficientemente ofuscado para creer que Silvia te quería... ¿Y la que siempre te quería en secreto era la pobre Pura! (*Pausa breve*). Este es mi descubrimiento.

MARIO.—¿Cómo lo hiciste?

DOÑA EMILIA.—Porque soy tu madre, porque conozco á Pura, porque soy mujer... (*Pausa*).

MARIO.—Pues si eres mi madre, si me conoces á mí, si tienes intuición de mujer... sabrás que yo no estoy enamorado de Pura.

DOÑA EMILIA.—¿Quién sabe?... ¡El corazón tiene sus sorpresas!... ¡El amor sabe disfrazarse tan bien, de amistad, de compasión, hasta de odio!... Tal vez tú mismo no te conoces todavía... Lo malo fué que Pura era una victoria que se te brindaba demasiado fácil. Necesitabas lucha y obstáculos; los hallaste en Silvia, y por eso te propusiste conquistarla.

MARIO.—Te he dicho que nunca pensé en Pura.

DOÑA EMILIA.—Lo dices, sí; pero lo repites demasiado... Y lo repites porque tienes miedo de quererla. Así, cuando eras chico y te perdías en la obscuridad, silbabas para darte valor.

LA CRIADA (*entrando por el foro*).—La señorita Pura. Pregunta si la señora puede recibirla...

MARIO.—Iré yo á decirle que todavía no puedes recibir visitas, que vuelva más adelante...

DOÑA EMILIA.—¿Cómo médico ó cómo hijo me prohíbes verla?

MARIO.—Como médico... y como hijo.

DOÑA EMILIA.—Pues yo, no como tu cuñada sino como tu madre, quiero recibirla, ¿has oído?... ¡Quiero recibirla! (*Pausa*).

MARIO (*á la criada*).—Dígale usted que pase. (*Salen*)

criada). (*Palmeándole la espalda á doña Emilia y haciendo ademán de irse*). Te deajo sola con ella...

DOÑA EMILIA (*tomándole de un brazo*).—Quédate tú también. Ayúdame á atenderla. Es quizá la felicidad que viene á esta casa.

MARIO.—¡Pobre mi felicidad si dependiera de la familia de Arval!

LA CRIADA (*entrando por el foro*). Por aquí, señorita. (*Entran por el foro Pura y miss Dolly. Mario se adelanta á saludarlas. La criada sale*).

ESCENA III

DICHOS, PURA, MISS DOLLY Y DESPUES LA CRIADA

MARIO (*dando la mano á Pura é indicándole á doña Emilia*)—Ahí está mamá, que la esperaba á usted. (*Pura abraza á doña Emilia. Miss Dolly saluda á Mario y á doña Emilia con una ligera reverencia*).

DOÑA EMILIA.—¡Cuánta amabilidad, venir á ver una vieja enferma!

PURA.—¡Cómo se encuentra usted, Emilia?

DOÑA EMILIA.—Estoy mejor... desde que tú estás aquí.

MARIO.—Siéntese, Pura.

PURA (*á miss Dolly, indicándole la puerta del foro*).—Ruégole, miss Dolly, que me espere un momento en el vestíbulo.

MARIO (*á miss Dolly*).—Ahí tiene usted ilustraciones inglesas para entretenerse mientras espera.

MISS DOLLY (*bajo á Pura*).—¡Cómo no me dijo usted, señorita Pura, que venía á casa del señor Blasco!... Tal vez no le guste á la señora Laura...

PURA.—Tranquilícese, miss Dolly, que yo no he de comprometerla... (*Indicándole otra vez el vestíbulo*).—Y tenga la bondad de esperarme un momento.

MISS DOLLY (*encaminándose al vestíbulo*).—Por lo menos, no tarde usted mucho, señorita Pura. (*Miss Dolly vuelve á hacer una ligera reverencia, pasa al vestíbulo, cálese los lentes, toma algunas revistas, y sale con ellas por el foro. Supónese que espera en el vestíbulo, leyendo en un sitio no visible desde el despacho. Pura, á indicación de Mario, toma asiento junto á doña Emilia. Mario quita de pie*).

MARIO.—Por casualidad, Pura, encuentra usted levantada á mi madre, que recibe esta visita sólo por ser suya.

DOÑA EMILIA.—¡Cómo?... ¡Ahora se tratan ustedes ceremoniosamente de "usted", cuando se tutearon desde que aprendieron á hablar!

MARIO.—Es que Laura prohibió á Pura que se tuteara con ningún mozo, incluso conmigo, ¡especialmente conmigo!...

PURA.—Sin embargo, yo siempre te he tuteado, Mario, y no por desobedecer á tía Laura, sino porque nunca podría acostumbrarme á tratarte de “usted”. Pero si tú... pero si usted se empeña en que lo trate de usted, desde que rompiste con nosotros...

MARIO.—No tengo ningún empeño de que me trates de este ó aquel modo. Ya que te dignas tratarme, trátame como quieras.

PURA (*con lágrimas en la voz*).—No seas rencoroso, Mario, y perdona á Silvia y á tía Laura, ¡y perdóname á mí también!

Doña EMILIA (*acariciando la mano de Pura*).—¡Vaya!... No se peleen ustedes. (*A Pura*). Mario y yo te hemos querido siempre como quisimos á tu madre. No puedes figurarte el gusto que me da tu visita. (*Tose*). (*Cambiando de tono*). ¿Qué noticias me traes? ¿Has encontrado novio, como tu prima Silvia?

PURA.—Ni lo busco, ni lo hallaré sin buscarlo...

Doña EMILIA.—Me han dicho que un colega de Mario, el doctor Vilana, te festeja asiduamente.

PURA (*ruborizándose*).—Quizá menos que con nadie me casaría con Vilana. (*Mario toma unos papeles del escritorio y parece revisarlos*).

Doña EMILIA.—Sin embargo, todo el mundo pondera á Vilana. ¿Por qué con él menos que con nadie?

PURA (*á media voz*).—Porque lo conozco demasiado.

MARIO (*levantando la cabeza*).—¿De verlo en fiestas?

PURA (*después de una pausa*).—¿Para qué esa pregunta, Mario? Digo que con él menos que con nadie, y aunque lo apoye mi tía Laura, tengo mis razones... (*bajando la voz*). Bien sabes que tuve una oportunidad de conocerlo... y que esa oportunidad no fué una fiesta.

MARIO.—¿Ultimamente en Mar del Plata, cuando su incidente conmigo?

PURA.—Sí.

MARIO.—Pues si lo desechas por esos sentimientos de... emulación... que le supones, nunca te casarás con nadie. Todos los hombres los sienten.

PURA.—¡Todos, no!... Tú no los sientes.

MARIO.—Tal vez no los revelo del mismo modo; pero los siento...

PURA.—No es cierto. Tú no los sientes, Mario.

Doña EMILIA.—Tienes razón, Pura; él no es capaz de sentir envidia.

MARIO.—En todo caso, un hombre, por sentir ó no envidia en sus luchas por la vida, no será más ó menos capaz de hacer feliz á su mujer.

Doña EMILIA.—Según quien sea esa mujer. Para ser feliz.

la esposa debe apreciar al marido. Hay mujeres que jamás apreciarán un hombre de bajos sentimientos.

MARIO.—Las mujeres más nobles se han enamorado á veces de los hombres más viles.

PURA.—¡Hay tantos modos de enamorarse!...

MARIO.—Sea como sea, “nadie puede decir de esta agua no beberé”. Yo estoy perfectamente convencido, Pura... de que acabarás casándote con Vilana.

PURA.—Todo puede ser.

MARIO.—Seguirás el ejemplo de tu prima Silvia: el casamiento razonable. La acción constante de tu tía dominará poco á poco tu voluntad. Es la gota de agua que horada la piedra.

PURA.—Todo puede ser. Pero ni Téllez es Vilana... ni yo soy Silvia.

MARIO.—¿Y estará Silvia tan enamorada de su novio como lo estubo de mí?

Doña EMILIA.—¡Mario, no toques ese tema! .

MARIO.—¡Felicitales á ella y á él de mi parte! Cuando tú entrabas, decía yo á mi madre que Téllez es el mejor... en su círculo.

PURA (*sonriendo*).—En el “reino de los ciegos”, quieres decir... Téllez es sin duda un sujeto bueno é inteligente; pero... ¿Cómo te diré?... Es un *dilettante*, solamente un *dilettante*, en su estancia, en las letras, ¡en la vida!... Parece mandado hacer para Silvia. (*Seria*). El también te aprecia á ti. Ha de venir á saludarte uno de estos días.

MARIO.—Tendré mucho gusto... Como no es mi colega, no es mi enemigo.

ESCENA IV

DOÑA EMILIA, MARIO, PURA Y LA CRIADA

LA CRIADA (*entrando por el foro*).—Un señor pregunta por el doctor... Dice que viene de los tribunales.

MARIO.—Hágalo pasar al consultorio y dígame que me espere. En este momento estoy ocupado. (*La criada sale*).

Doña EMILIA.—Vendrán á notificarte la sentencia definitiva...

PURA.—Por mí no te detengas, Mario...

MARIO.—¿Tienes mucha prisa en conocer la resolución de los jueces?... Yo creí que tú no eras de los que dudaban de mí. Te suponía segura de que la sentencia no puede ser sino favorable á mi parte. Pero este apuro tuyo prueba que, en el fondo, tenías tus vacilaciones y deseas salir de la curiosidad...

PURA.—Eres injusto conmigo, Mario. ¿Cómo iba á tener dudas y vacilaciones, yo, que me he criado contigo, y que te conozco á mí misma, casi más que á mí misma?

MARIO (*conmovido á pesar suyo*).—Gracias, Pura.

PURA.—Y, á pesar de tu sospecha contra mi amistad, insisto, Mario, en que no te detengas por mí y vayas á conocer los términos de la resolución del juez... de esa resolución que no puede menos de serte favorable.

MARIO (*encaminándose á la puerta de la izquierda*).—Voy entonces... (*Desde la puerta*). Hay tanta estupidez y tanta perversidad en el mundo, que todavía puedo traerles una mala noticia.

PURA.—No es posible. (*Pausa breve*). Ya lo ves. Tú mismo tienes tu duda rebelde y secreta sobre el resultado del juicio... Pues yo no la tengo, ¡no la tuve nunca!

DOÑA EMILIA.—Yo tampoco. (*Sale Mario*).

ESCENA V.

DOÑA EMILIA Y PURA

DOÑA EMILIA.—Hazme ahora tus confidencias, Pura, como antes... ¿Te acuerdas?... (*Pausa breve*.) ¿Eres feliz en casa de tu tía?

PURA.—¿Hay alguien que sea feliz en el mundo?

DOÑA EMILIA.—Veo ya que no lo eres, mi pobre Pura. ¿Por qué? ¿No te quiere Laura?

PURA.—Sí. Querirme, me quiere, á su modo...

DOÑA EMILIA.—¿Y?

PURA.—Es que últimamente tiene algunas ideas... algunas sospechas...

DOÑA EMILIA.—¿Cuáles?

PURA.—¡Ah, no se las diría!..

DOÑA EMILIA.—Estamos solas.

PURA.—Ni estando sola conmigo me atrevo á decírmelas á mi misma. (*Un silencio*.)

DOÑA EMILIA.—Y los demás, ¿son buenos contigo?

PURA.—Silvia es como una hermana menor.

DOÑA EMILIA.—¿Y Diego?

PURA.—Diego tiene un corazón de oro. Es allí mi mejor amigo. (*Pausa breve*.) Demasiado amigo, según tía Laura....

DOÑA EMILIA (*extrañada*).—¿Demasiado amigo?... (*Un silencio*).

PURA.—Ya le he dado á usted noticias mías, Emilia. De-me usted ahora noticias suyas y de Mario...

DOÑA EMILIA.—Ya conoces mi situación... A Mario, debes disculparlo si no ha estado bastante cariñoso contigo. ¿Está tan amargado!

PURA.—Es natural. Pasa por una época terrible.

DOÑA EMILIA.—Una de esas épocas de crisis que sobrevienen en la vida de los hombres, hasta de los más dichosos, y

en las cuales se atropellan las penas y los desengaños. Son tormentas desenfundadas, verdaderos cataclismos del alma... Pero la naturaleza reacciona, y más tarde vuelve á salir el sol.

PURA (*como para sí misma.*) A veces sobre las ruinas del alma.

Doña EMILIA (*como respondiendo al pensamiento de Pura*).—En Mario, la tormenta pasará sin destruirlo... Es un hombre de estudio y de pensamiento. Tiene una fuente de vida en sus trabajos, que lo distraen de otras preocupaciones.

PURA.—¡Y no son pocas para Mario esas preocupaciones en estos últimos tiempos!

Doña EMILIA.—El rompimiento de su noviazgo, el robo del hospital, el consiguiente escándalo, las cuestiones con los colegas que aprovechan ahora el mal momento para desprestigiarlo, mi enfermedad... (*Tose y se fatiga.*) Una mujer, sólo una mujer que lo comprendiera hubiese podido curar su corazón de tantas heridas y defender su carácter contra tantas amarguras.

PURA (*lentamente.*)—Yo creí que esa mujer fuera Silvia.

Doña EMILIA.—Y te equivocaste. (*Tose y se pasa el pañuelo por la boca. Su fatiga crece por grados hasta el final de la escena.*)

PURA (*poniéndose de pié, alarmada*)—¿Se siente usted mal, Emilia?... ¿Quiere que llame á Mario?

Doña EMILIA.—No; ya ha de venir. Oyeme antes. (*Cierra los ojos, mareada, y á poco los reabre, como reponiéndose un tanto.*) Te equivocaste... Esa mujer no era Silvia... Eras tú. (*Pausa.*) Yo se lo he dicho. El no ha querido escucharme; está todavía demasiado resentido con tu familia... ¡Se le ofendió tan gravemente!... Algún rencor debe quedarle contra Laura, contra Silvia, contra todos, ¡hasta contra tí, Pura!... (*Silencio*)

PURA.—Está usted muy fatigada, Emilia... Debe recostarse...

Doña EMILIA.—Dentro de un momento... Antes de despedirme de ti quiero ofrecerte unas cartas de tu madre... y esta miniatura. Cuando yo muera, Mario te las llevará... si tú no quieres venir á darme el último adiós. (*La fatiga llega á su mayor grado; doña Emilia pierde el conocimiento.*)

PURA (*gritando*).—¡Mario!... ¡Mario!... ¡Pronto acá, Mario!... (*Mario acude corriendo por la puerta de la izquierda, la criada por la puerta de la derecha y miss Dolly por el foro.*)

ESCENA VI

DOÑA EMILIA, PURA, MARIO, MISS DOLLY Y LA CRIADA

MARIO (*desabrochándole la bata á doña Emilia*).—No es

nada... un simple desmayo... (*A la criada*). Traiga en seguida una copa de agua de azahar y el agua de Colonia... (*La criada sale apresuradamente por la puerta de la derecha*).

MISS DOLLY (*ofreciendo un frasco de sales que traía en su saco de mano*).—Aquí hay sales, doctor...

MARIO.—Hágaselas aspirar... (*Miss Dolly hace lo que se le indica*).

PURA (*abanicando á la enferma*).—Parece que reacciona...

MARIO (*á media voz*).—Sí. Reaccionará pronto... No me perdono haberla dejado recibir visitas y conversar... ¡Pero estaba tan empeñada en verte!

LA CRIADA (*presentándose por la derecha con la copa pedida y un frasco de agua de Colonia*).—Aquí está el agua de azahar, señor.

MARIO (*dando á beber á la enferma*).—Pura, tú puedes pasarle un poco de agua de Colonia por las sienes... (*Pura hace como se le dice*).

DOÑA EMILIA (*volviendo poco á poco en sí, con voz muy débil*).—Tenías razón, hijo... Estoy muy floja... No debí recibir á Pura... Pero me alegro de haberla visto, ¡me alegro tanto!

MARIO.—No hables, mamá. Te llevaremos á la cama... (*A la criada*). ¡Está preparado el cuarto de la señora?

LA CRIADA.—Sí, señor.

MARIO (*preparándose á levantar á doña Emilia*).—¿Quieres ayudarme, Pura? (*Mario toma de un lado á doña Emilia, Pura del otro, y la llevan por la puerta de la derecha. La criada les abre la puerta y les sigue*).

ESCENA VII

MISS DOLLY Y DESPUES LA CRIADA

(*Miss Dolly, muy emocionada, se apoya de pie contra un mueble, huele sus sales, suspira, se alisa el cabello. En seguida entra la criada por la puerta de la derecha*).

MISS DOLLY.—¿Cómo sigue la señora? ¿Qué tiene?

LA CRIADA.—Sigue mejor. No ha sido nada. Pronto le pasará...

MISS DOLLY.—¿Y la señorita Pura?

LA CRIADA (*con grosera malicia*).—Ha quedado adentro con el doctor. Y el doctor me encarga le diga á usted que los espere un momento. (*Encaminándose á la puerta de la izquierda y señalándola*). ¡El señor que estaba ahí no ha pasado por acá?

MISS DOLLY.—No.

LA CRIADA.—Me ha dicho el doctor que lo acompañe á la puerta de calle... Voy á eso.

(*La criada sale.—Miss Dolly, cuando se siente sola, da una vuelta por la pieza, observándolo todo. Toma la carta de Pura, que estaba sobre el escritorio, le echa una rápida mirada, la deja, y se sienta entre el escritorio y la puerta del foro.*)

LA CRIADA (*apareciendo por la puerta del foro y dirigiéndose á unos señores que están en el vestíbulo*).—Pasen ustedes, señores. El doctor me ha dicho que haga entrar á los que vengan y les diga que lo esperen.

(*Entran por el foro Téllez y Diego. Adelantan hasta el primer término de la escena, sin apercibir á miss Dolly, que, al verles, queda como muda y paralizada de terror.*)

ESCENA VIII

MISS DOLLY. TELLEZ. DIEGO Y LA CRIADA

TELLEZ (*á la criada, que está á sus espaldas, sin mirarla*).—Tardará mucho en salir el doctor?

LA CRIADA.—No, señor. Siéntense ustedes. (*Sale*).

TELLEZ (*apercibiéndose á miss Dolly*).—¡Miss Dolly!

DIEGO.—¡Miss Dolly, la ingrata, de cita aquí con Blasco!

MISS DOLLY (*poniéndose de pie, en una turbación tal que tiene que reponerse un instante antes de hablar*).—Sí... He venido acompañando á la señorita Pura...

DIEGO.—¿Pura está aquí?

MISS DOLLY.—Sí, niño Diego... Está en las habitaciones interiores...

DIEGO.—¡En las habitaciones interiores!...

MISS DOLLY.—Sí, niño Diego... Vino á visitar á la señora madre del doctor Blasco... La señora sufrió un síncope... Tuvieron que llevarla adentro, con el doctor Blasco...

TELLEZ.—No tiene esto nada de extraño, Diego. Pura ha venido á visitar á su madrina, á quien tanto quiere...

DIEGO (*visiblemente contrariado*).—Es que mamá se lo tenía prohibido... terminantemente prohibido... ¿No lo sabía usted, miss Dolly?

MISS DOLLY.—Algo sospechaba... Pero la señorita Pura me pidió que la acompañase, sin decirme á dónde veníamos...

DIEGO.—¡Caramba!... Esto es una incorrección de Pura.

TELLEZ.—No tanto. Su buen corazón la ha traído aquí... Y como caballeros debemos guardarle el secreto.

DIEGO (*sentándose*).—Lo que más siento es que mamá se dará por ofendida con esta escapada... Fíjate que á ella no le faltan sus motivos, después de lo que pasó en Mar del Plata.

TELLEZ (*sentándose también*).—Tan grave no es lo que pasó, puesto que tú has venido...

DIEGO.—Por insistencia tuya.

TELLEZ (*á miss Dolly*).—¿Por qué no se sienta usted, miss

Dolly? (*Miss Dolly vuelve á sentarse en la misma silla de antes en segundo término, entre el escritorio y la puerta del foro*). (*A Diego*). Debíamos esta pequeña reparación á Mario. ¡Le hicimos tanto daño, y con tanta injusticia! Yo me acuso de haber sido demasiado condescendiente con sus falsos amigos... ¡con sus verdaderos enemigos!

(*Apenas se sentara, miss Dolly tomó al acaso un grueso volumen que estaba sobre el escritorio... Lo abre, mira las láminas, lo cierra violentamente, y lo pone donde estuviera, exclamando á media voz: "Shocking!..."*).

DIEGO (*que se ha apercebido de lo que pasa á miss Dolly*).—¡Qué imprudencia, miss Dolly! ¿No es ese un libro de medicina?

MISS DOLLY (*con voz que es un suspiro*).—Sí...

DIEGO (*con fingida indignación*).—¡Y usted miraba las figuras!... ¿Cómo se ha atrevido usted á bajar sus castos ojos de doncella sobre las desnudeces y los horrores que se ven en las figuras de un libro de medicina?... ¡Quién lo hubiera creído, Dios mío, quien lo hubiera creído!

MISS DOLLY.—Yo no sabía de qué trataba el libro, ni que tuviera figuras...

TELLEZ (*irónicamente sentencioso*).—La ciencia ó el arte lo disculpan todo. Sólo carecen de disculpa para hacer lo que se les antoja, los que nada saben de ciencia ni de arte. ¡Pobres! No hay mayor mal que la ignorancia... (*Serio á Diego*). Me decías que has venido por insistencia mía... Supongo que no te arrepentirás.

DIEGO.—No. Mario es buen muchacho.

TELLEZ.—Es más. Es un espíritu superior, á pesar de sus niñerías y candideces, ¡y por sus mismas candideces y niñerías!... Los que marchan mirando al cielo no pueden ver los pequeños accidentes de su camino en la tierra; por eso tropezan fácilmente. Los que no levantamos la vista de la tierra, en cambio, no tropezamos nunca.

DIEGO.—Para mí, esto es una suerte... Ninguna aspiración me compensaría de estarme dando á cada rato de narices contra el suelo.

TELLEZ.—Lo peor es que á esos que llevan la vista fija en lo alto, la envidia les pone obstáculos en su camino, como una trampa para que caigan... Con Mario, sus colegas fueron cobardes y venenosos, verdaderos colegas; hinchados como espuercos por el *odium medicorum!*

DIEGO.—Será así... Pero debes reconocer que Ferrando y Vilana son buenos sujetos y buenos médicos; pudieron estar equivocados...

TELLEZ.—Son buenos para tí y para mí, que no les hacemos sombra. Son amables amigos y serán honestos padres de familia. ¡Pero no caritativos colegas! He oído decir que nadie, después de los tenores, siente más la rivalidad profesional que

los médicos, y no sólo los de una misma especialidad, sino también de grupo á grupo, y aún de categoría á categoría. . .

DIEGO.—¿Y los *jockeys*. . . y los tenorios. . . y los literatos?

TELLEZ.—Todos son amigos de los demás y enemigos entre sí. Sólo los vagos no tienen enemigos profesionales. ¡Hay tanto espacio para la vagancia!

DIEGO.—¡Qué felicidad para mí ser uno de ellos!

(Mientras Tellez y Diego siguen hablando, miss Dolly parece no poder resistir á la tentación de mirar otra vez las láminas del libro de medicina. . . Lo toma, y lo deja de nuevo, ruborizada. . . Espera un rato. . . Viendo al fin á los dos jóvenes distraídos en su conversación, acaba por abrirlo y distraerse ella también en saborear aquel pequeño fruto prohibido. . .)

TELLEZ.—Hasta nosotros, los criadores, los *cabañeros*. . . ¡Si supieras los líos que se arman en cada exposición rural con motivo de la adjudicación de premios á los mejores productos expuestos, y las rechiflas y maldiciones que se llevan los jurados! Por eso yo nunca quise ser miembro del *jury*. Y nada te diría de esos *juries* que, en concursos artísticos y literarios, no juzgan ya toros, caballos y carneros, sino la fiera de las fieras, ¡el hombre!. . . Si alguna vez, ¡libreme Dios de semejante desgracia! se me obligara á formar parte de alguno de ellos. . . ¡créeme!. . . antes de aceptar me aseguraría la vida.

DIEGO.—Ya que vas á entrar en mi familia, acepta y asegúratela á mi favor, en una compañía sería, ¿oyes?. . . ¡Me vendría tan bien esa herencia! *(Pausa)*.

TELLEZ *(sério)*.—Mira, Diego, con todo, la vieja *invidia medicorum pessima*, la emulación profesional, es un sentimiento útil. . . Es una defensa natural é instintiva contra una posible tiranía. Es un contralor para evitar tiranos indignos. . . Porque un hombre que impone sus ideas es siempre un tirano.

DIEGO.—¡Ahora salimos con eso!. . . Acabarás ponderando la envidia. . .

TELLEZ.—Veo el pro y el contra. *(Pausa breve)*. Además de ser útil á la sociedad, esa envidia profesional es útil al envidiado. Le estimula para alcanzar el triunfo definitivo. Y cuando definitivamente lo alcanza, los mismos que le tiraban piedras le queman incienso. El hombre superior es como una pelota de goma. Cuanto con más fuerza se le arroja contra el suelo, más alto rebota.—Tarde ó temprano el egoísmo individual reconoce el mérito, por su utilidad para todos.

DIEGO.—Más bien tarde que temprano. . .

TELLEZ.—Cierto. Muchas veces el triunfo llega después de que el luchador perdió un brazo ó una pierna en la contienda ¡y aún después de que yace tendido en el campo de batalla!

(Mientras Tellez hablaba, Diego se ha acercado en puntas de pie á miss Dolly, y mira agudamente sobre sus hombros el

libro que ella hojea... Absorta en su libro, miss Dolly no lo ha apercebido).

DIEGO.—¡Miss Dolly!... ¡Miss Dolly!... (Al oírle, miss Dolly cierra rápidamente el libro, lo deja sobre el escritorio, y se pone de pie, roja de confusión). (A Téllez). ¡A qué no te imaginas lo que leía y observaba miss Dolly en su libro de medicina? (Dice algo al oído á Téllez, con grandes aspavientos)

MISS DOLLY (baluceante de inocente vergüenza).—¡No!... ¡Eso no!... ¡eso no!...

TELLEZ.—¡Cómo, eso no?... Fíjese, miss Dolly, que usted no sabe lo que me ha dicho Diego... y "quien se excusa, se acusa".

MISS DOLLY.—Yo miraba... yo leía.

TELLEZ.—No se afane en convencernos de su inocencia, miss Dolly. Estamos de antemano convencidos. A los chicos miedosos les gusta las historias terroríficas, á las mujeres de vida alegre las historias tristes, y á miss Dolly... las estampas de los libros de medicina.

(Entra por la puerta de la izquierda la criada, llevando en las manos una bandeja con un frasco. Se encamina hacia la puerta de la derecha, cruzando la escena en primer término).

ESCENA IX

DICHOS, LA CRIADA, DESPUES ANTUNEZ Y POR ULTIMO MARIO

DIEGO (á la criada).—¡Tardará mucho el doctor?

LA CRIADA.—No sé... Creo que no... La señora ya está mejor... (sale por la derecha).

DIEGO (á Téllez, después de una pausa).—¡Qué te parece que nos fuéramos?... Yo tengo prisa. Me esperan en el club. Mario no tendrá ahora la cabeza como para recibir nuestra visita. Volveremos otro día. Lo que siento es dejar aquí sola, en la cueva del lobo, ¡y con sus libros llenos de figuras medicinales! á esta encantadora miss Dolly, el ángel de mis horas melancólicas...

MISS DOLLY.—Parece increíble que el niño Dieguito tenga ánimo para darme bromas. hallándome en esta situación...

TELLEZ.—No es tan crítica la situación. (A Diego, después de meditar un instante). Tienes razón, Diego. Podemos irnos ahora, para volver más adelante. De este modo evitaremos á Pura la desagradable sorpresa de encontrarnos aquí.

DIEGO (disponiéndose á marcharse).—Yo me lavo las manos en la cuestión de Pura.

TELLEZ.—Te las lavarás en tu casa... Aquí no veo lavatorio.

MISS DOLLY.—¿Y yo qué hago?... ¿Qué debo hacer yo?

DIEGO.—Esperar á la señorita y acompañarla á casa.

MISS DOLLY.—Pero después, ¿qué diré á la señora?

DIEGO.—Dígale usted lo que quiera. Cualquier cosa que haga Pura, estará siempre bien hecha.

ANTUÑEZ (*entrando por el foro y saludando profundamente*).—Ustedes perdonen, señores... La criada me ha dicho que entre aquí á esperar al doctor.

DIEGO.—¿También Antuñez!... Vendrá á consultarlo sobre su enfermedad crónica...

ANTUÑEZ.—¿Qué enfermedad, señor de Arval? Yo me creía sano...

DIEGO.—La enfermedad de meterse en lo que no le importa...

TELLEZ.—Y de venir á donde no lo llaman.

ANTUÑEZ.—Vengo á traerle la cuenta del hotel de Mar del Plata al doctor Blasco. El se enfadó cuando yo se la pasé... La rompí y dijo que no pensaba marcharse todavía á Buenos Aires... Pero se marchó el mismo día, sin acordarse de pagarla. Y yo, que he venido de Mar del Plata por otros asuntos, aprovecho la oportunidad para cobrarle esa cuentita olvidada.

TELLEZ.—Y para meter las narices en su casa, curiosear un poco, y volverse al hotel con nuevas historias y chismes... ¿No es verdad, ilustre señor de Antuñez?

ANTUÑEZ.—No, señor Téllez, no... ¿Qué falsa opinión tiene usted de este su servidor!...

TELLEZ (*despidiéndose*).—Espere usted ahí al doctor Blasco.

DIEGO (*lo mismo*).—Y respete usted entretanto á miss Dolly, que lo detesta. ¿Ha oído usted? ¿Lo detesta! En otro tiene ella puestos sus cinco sentidos y sus mil amores.

MISS DOLLY (*á Antuñez*).—No haga usted caso, señor...

DIEGO (*á miss Dolly, indicándole á Antuñez*).—De él es de quien no debe usted hacer caso, miss Dolly.

TELLEZ (*desde la puerta, á miss Dolly*).—Ya lo sabe usted, miss Dolly. (*Indicando á Diego*). Si sufre usted de amores (*indicándole á Antuñez*), ahí tiene el remedio...

DIEGO (*interrompiendo*).—Sólo aquí, aquí puede ponerse al nivel de un *gentleman* un inmigrante fondero. ¿Qué país éste, que país!

TELLEZ (*continuando*).—... Pues tres remedios hay para curarse de un amor desgraciado: la ausencia, la muerte y otro amor. Como Diego no piensa en ausentarse y menos en morir, no le queda á usted más que el tercer remedio: otro amor. Coquetée usted con Antuñez y se olvidará de Diego. Amor con amor se cura.

MISS DOLLY.—Vaya usted con Dios, señor Téllez... Estoy asegurada contra incendios.

MARIO (*entra por la puerta de la derecha*). *Hablando bajo á Pura, que ha quedado sin entrar, del otro lado de la puerta*.

—Espérame un momento. Pura... Aquí hay gente que es

mejor que no te vea... (*cierra la puerta y se dirige á Téllez y Diego, saludándoles*). ¡Hola!... ¡Ustedes por acá!...

TELLEZ.—Pero en un momento bien oportuno...

DIEGO.—Nos vamos y volveremos otro día...

MARIO.—Me disculparán de que no pueda atenderles ahora... (*salen por la puerta del fondo Mario, Téllez y Diego*).

ESCENA X

MISS DOLLY, ANTUÑEZ Y DESPUES MARIO

ANTUÑEZ.—¡Qué bromistas, esos señores!

MISS DOLLY (*sentándose otra vez junto al escritorio, en actitud displicente*).—¡Oh! son bromas inocentes. Están demasiado contentos de la vida para dar bromas ofensivas.

ANTUÑEZ.—¡Y usted, miss Dolly, está contenta de la vida? (*Pausa, Miss Dolly, considerando indiscreta la pregunta, guarda reserva*). (*Cambiando de disposición y de tono*). No sabía que usted, miss Dolly, fuera amiga personal del doctor Blasco. Porque supongo que usted habrá venido á visitarle por su cuenta...

MISS DOLLY.—No.

ANTUÑEZ.—Entonces, habrá venido usted acompañando alguna de las niñas, que estará de consulta con el doctor...

MISS DOLLY (*con energía*).—¡No!

ANTUÑEZ.—Entonces, habrá venido usted con algún recado de la señora...

MISS DOLLY (*turbada*).—Sí... He venido á preguntar por la madre del doctor Blasco, que está enferma...

ANTUÑEZ.—¡Conque doña Laura tiene todavía atenciones con el doctor Blasco, después de todas aquellas cosas que se contaban!...

(*Mario entra por la puerta del foro, y hace un gesto de sorpresa y desagrado al oír á Antuñez su última frase...*)

MARIO.—¡Me esperaba usted aquí, Antuñez?... ¡En qué puedo servirlo?...

(*Miss Dolly sale otra vez por el foro, discretamente. Supónese que se sienta en el vestíbulo, de modo que no se la ve por la puerta abierta*).

ESCENA XI

MARIO Y ANTUÑEZ

ANTUÑEZ (*saludándole y presentándole la cuenta*).—Venía á saludarle, doctor, y á traerle la cuenta que dejó sin pagar del hotel... Pero si le molesto volveré otro día... cuando usted ordene...

MARIO.—Déme usted esa cuenta.

ANTUÑEZ (*entregándole la cuenta*).—Aquí está con el recibo.

MARIO (*tomando la cuenta, mirándola y sentándose en el escritorio*).—¿Por qué no me la mandó por correo? (*Abre el cajón del medio y saca de él un libro de cheques, donde escribe*).

ANTUÑEZ.—Temía molestarlo, doctor... Como se decían allí tantas cosas, pensé que usted estaría demasiado ocupado para ocuparse de esta bagatela...

MARIO (*dejando de escribir y levantando la cabeza*).—¿Qué se decía?

ANTUÑEZ (*muy satisfecho de la oportunidad de una conversación confidencial con el doctor Blasco*).—Tonterías, doctor, tonterías sin pies ni cabeza. Mentiras de gente envidiosa... bromas de gente desocupada...

MARIO (*levantándose con el cheque firmado, en la mano, curioso de oír hablar á Antuñez*).—¿Qué tonterías?... ¿qué bromas?...

ANTUÑEZ.—Usted podría enfadarse, doctor... Son maldades que no le llegan ni á la suela de sus zapatos...

MARIO.—¡Vaya!... Repítamelas usted amistosamente. Tengo verdadera curiosidad de saberlas... Desde que me vine á Buenos Aires no he hablado con nadie que me las pudiera contar.

ANTUÑEZ.—¡Doctor!... ¡Me pone usted en un aprieto!...

MARIO.—Hable usted no más, con franqueza... Me haría usted un verdadero servicio con informarme. (*En su deseo de ser informado llega hasta palmearle el hombro, lo que sorprende de gratamente á Antuñez*).

ANTUÑEZ.—Se decía que la señorita Zulena Rojas...

MARIO.—No me interesa lo que se decía de la señorita Zulena Rojas.

ANTUÑEZ.—Se decía también que la señorita Pura...

MARIO.—Tampoco me interesa lo que se dijera de la señorita Pura.

ANTUÑEZ.—¡Esto sí que le interesa!

MARIO.—No me interesa más que lo que se refiere á mí.

ANTUÑEZ.—Pues se decía que la señorita Pura estaba loca, perdidamente enamorada de usted... Me parece que esto bien se refiere á usted, y no á mí ó al Papa.

MARIO (*interrumpiendo impaciente*).—¿Y qué más se decía?... Cuénteme usted lo que circulaba respecto á mis relaciones con la familia de Arval.

ANTUÑEZ.—No me atrevo, doctor. Eran bromas, más bien bromas que calumnias; bromas que le dijeron á la misma señora doña Laura...

MARIO.—¿Qué le dijeron?

ANTUÑEZ (*luchando entre la tentación y el temor de hablar*).—Le dijeron... le dijeron...

MARIO.—Siéntese usted y cuente, pues, señor Antúñez.

ANTUÑEZ (*quedando de pie*).—Así estoy bien, señor doctor; gracias. Pues dijeron...

MARIO.—Que yo me burlé de su hija...

ANTUÑEZ.—No, señor doctor.

MARIO.—Que su hija se burló de mí...

ANTUÑEZ.—No, señor doctor.

MARIO.—¿Y?...

ANTUÑEZ.—Dijeron...

MARIO (*ofreciéndole un puro en una caja que estaba sobre el escritorio*).—¿Fuma usted?

ANTUÑEZ (*tomando el puro y guardandoselo en un bolsillo del chaleco*).—Gracias, doctor... Pues dijeron... ¡Já, já!... Le dijeron á la señora de Arval... que ella y usted quisieron hacer un negocito con los fondos de la Sociedad de San Vicente y el hospital. Usted se casaba con la niña, y entre suegra y yerno se repartirían las ganancias... Como el pastel se descubrió á tiempo, hubo que romper el noviazgo...

MARIO (*dominando su ira*).—¿Y quiénes decían eso?

ANTUÑEZ.—No sé, doctor. Algunos bromistas!...

MARIO.—¡Bromistas! ¡Usted los llama bromistas!...

ANTUÑEZ.—En este país se les llama más bien "vivos"... y "locos lindos"...

MARIO.—En este país, como en todos los países civilizados de la tierra, se llaman infames á quienes dicen tales cosas. (*Entregándole el cheque*). ¿Y sabe usted cómo se llaman aquí á los que las repiten?

ANTUÑEZ (*guardándose el cheque después de mirarlo*).—No.

MARIO (*indicándole la puerta del foro*).—Tilingos.

(*Antúñez sale después de saludar profunda y amablemente, balbuceando su agradecimiento y sus excusas con frases como estas: "Muchas gracias, señor doctor... Usted disculpe, señor doctor... No lo tome usted á mal..."*)

(*Mientras se retira Antúñez, entra la criada por la izquierda*).

ESCENA XII

MARIO, LA CRIADA Y DESPUES MISS DOLLY

LA CRIADA.—Acaban de entrar dos señores. Han insistido mucho en verlo. Dicen que son dos colegas suyos y que ya habían anunciado su visita...

MARIO.—¿Usted no los conoce?

LA CRIADA.—Sí. Ya estuvieron aquí otras veces, el año pasado... (*Sin poder recordar sus nombres*). Me dijeron que anunciara á...

MARIO.—Ferrando. Vilana...

LA CRIADA.—Eso es. Los hice entrar al consultorio y les dije que esperen...

MARIO.—Hizo usted bien. Voy en seguida. (*La criada sale por la izquierda*). (*Asomándose á la puerta del foro*). ¡Miss Dolly! (*Entra miss Dolly*). (*Indicándole el consultorio*). Están ahí los doctores Ferrando y Vilana. (*Gesto de desagradable sorpresa en miss Dolly*). Me parece conveniente que no se encuentren con ustedes en esta casa, ni las vean salir de aquí... Yo los despacharé en unos pocos minutos. Ustedes esperarán mientras tanto. (*Indicándole las habitaciones interiores*). En esa salita está Pura; vaya usted á acompañarla.

MISS DOLLY.—Por favor no les diga usted...

MARIO.—(*Indicando otra vez la puerta derecha*).—Vaya usted tranquila y explíqueme á Pura... (*Miss Dolly sale por la derecha*).

MARIO (*abriendo la puerta de la izquierda*).—Pueden pasar ustedes.

(*Entran Ferrando y Vilana. Se saludan todos sin darse la mano. Un silencio*).

ESCENA XIII

MARIO, FERRANDO Y VILANA

FERRANDO.—Pienso, doctor Blasco, que está en nuestro deber hablar ahora con franqueza y resolver posiciones... Mi norma de conducta ha sido siempre la verdad.

MARIO (*de pie, sin ofrecerles asiento*).—Pienso lo mismo, y mi conducta tuvo siempre esa norma. Por eso les he contestado á ustedes, por intermedio de su emisario, que tendría mucho gusto en recibirlos.

FERRANDO.—Pues veníamos á felicitar á usted por la terminación del asunto del hospital. Sabemos que Rosales será condenado...

MARIO.—Muchas gracias.

VILANA.—Y al mismo tiempo, vengo yo á retirar mis antiguas apreciaciones ofensivas para usted...

FERRANDO.—Hemos creído que la mejor solución del asunto era esta entrevista, no dudando que usted, en su casa...

MARIO.—No los insultaría, ni los pondría en la puerta de la calle... Así lo he prometido. Estén ustedes tranquilos.

FERRANDO.—Y en cuanto á la cuestión de honor, está en el interés de todos evitar un nuevo escándalo...

VILANA.—Yo le escribiré á usted una carta, dándole la satisfacción que merece. Cumplo así con mi conciencia y con una persona que le aprecia y me lo ha pedido...

MARIO.—Le ahorraré á usted esa molestia. Doy por terminado el asunto con sus explicaciones verbales. (*Vilana se inclina, asintiendo*).

FERRANDO.—Algo más solicitamos de usted, como colegas, como compañeros de la facultad... Que olvide lo pasado y seamos tan amigos como siempre. (*Pausa breve*).

MARIO.—Eso no. Si ustedes me han pedido franqueza, debo decirles que nunca fueron ustedes mis amigos y que yo nunca olvidaré lo pasado.

VILANA.—Esto es casi amenazarnos con una venganza.

MARIO.—Es sólo anunciarles que tomaré mi desquite.

FERRANDO.—Volvemos así á la situación que deseábamos evitar...

MARIO.—Quedamos así en la situación que ustedes han buscado. (*Un silencio*).

FERRANDO.—¿Puede saberse de qué género será el desquite que usted nos anuncia?

MARIO.—¿Lo sé yo acaso?... Sólo sé que no hay plazo que no se cumpla... La vida tiene sus ironías. (*Pausa breve*). ¡Doctor Vilana, doctor Ferrando, tengan ustedes por seguro que alguna vez nos encontraremos cara á cara y nos hablaremos sin máscara! Y esa vez... el triunfo será mío.

VILANA.—Veníamos como amigos...

MARIO.—Ustedes no han sido ni serán nunca más que mis enemigos.

FERRANDO (*conciliador, como si tratara de hacer entrar en razón á un niño*).—Siempre exagerado usted. O forjándose persecuciones, ó levantando castillos de naipes...

MARIO.—Rato hace que soplaron ustedes sobre mi castillo de naipes. Las cartas están esparcidas sobre la mesa. No hay ya para qué ocultar el juego. Ahora jugamos á cartas vistas.

FERRANDO.—Es usted incorregible.

MARIO.—Aun no siéndolo, ¿no serían ustedes quienes me corrigieran! (*Pausa breve*).

FERRANDO (*á Vilana*).—Habiendo tomado este giro nuestra entrevista, lo más prudente me parece retirarnos...

VILANA (*con ira*).—Y esperar.

MARIO (*sonriendo irónicamente*).—Esperemos. (*Al pronunciar sus últimas palabras, Ferrando y Vilana saludan ligeramente y salen por el foro*).

MARIO (*ante la puerta de la derecha*).—¡Pura!... ¡Miss Dolly! (*Entra Pura*).

ESCENA XIV

MARIO Y PURA

PURA (*ante la puerta*).—Aguárdeme todavía un momentito, miss Dolly (*Pura se da vuelta y queda un instante mirándolos en silencio con Mario*).

MARIO.—¿Has oído?

PURA.—Sí, á todos.

MARIO.—¿Fuiste tú la que pidió á Vilana?...

PURA.—Fuí yo.

MARIO.—¿Y conocías los cuentos aquellos de Mar del Plata?

PURA (*casi sin voz*).—Sí... (*Pausa*).

MARIO.—Pues eres muy valiente...

PURA (*Indicando la puerta por donde salieran Ferrando y Vilana*).—Parece que no les has perdonado... ¡Cuánto debes haber sufrido, Mario!

MARIO.—Sí, he sufrido mucho Pura. Y tanto, que casi he perdido mi antigua confianza en mí mismo. Ahora soy otro. Me siento también capaz de odios. No pudiendo subir hasta mí, ellos me han rebajado á su nivel.

PURA.—Ese debe ser el peor mal que los malos hagan á los buenos: enseñarles á odiar.

MARIO.—Y eso es lo que no les perdono, lo que no les perdonaré nunca: que me enseñaran á odiar. ¡Era tan cómodo vivir sin odiar! ¡Es tan penoso vivir odiando!

PURA.—Quizá sea un defecto ser demasiado bueno, como eres... Su enseñanza pudiera ser provechosa...

MARIO.—No cambio el provecho por lo que me cuesta. (*Pausa breve*). Todavía ni se ha pronunciado el juez: se me venía á notificar un trámite insignificante...

PURA.—Ya saldrá la sentencia... La crisis ha de pasar. Y cuando pase, volverás á ser el hombre de antes. Te encontrarás á tí mismo, como quien encuentra una joya que ha perdido.

MARIO.—Sólo con tu ayuda... ¡Soy tan torpe para encontrar lo que pierdo!

PURA.—Mi pobre ayuda la tendrás siempre. ¡Lo que he rezado por tí... no podrás agradecerérmelo sino volviéndote creyente!

MARIO.—Creo en tí, Pura... Eso es ya creer un poco en Dios.

(*Un silencio. La escena se ha venido obscureciendo con la rapidez propia de una habitación casi cerrada al caer una tarde de otoño*).

PURA (*con voz ligeramente trémula*).—Estás pálida, Pura... ¿Qué tienes?

PURA.—¿Yo?... Nada. (*Pausa breve*). ¿Conservas esperanzas de que mejore Enilia?

MARIO.—No. Pronto me quedaré solo, completamente solo en la vida.

PURA.—Es triste. Pero no eres el único que está solo. Muchos hay que siempre están acompañados, y sin embargo viven solos con su alma (*Un silencio*).

MARIO (*siempre con voz insegura*).—Mucho te agradezco que hayas venido, Pura, mucho...

PURA.—Pero más me hubiera agradecido que no viniese.

contentándome con mandar preguntar por tu madre. ¿No es cierto? (*Pausa breve*). Dime. ¿no es cierto? (*Pausa breve*).

MARIO (*como quién habla á su pesar, casi mecánicamente, algo que tenía muy pensado*).—Pues que me lo preguntas, no debo ocultártelo... Tú perteneces á una familia con la cual no puedo tener ya relaciones cordiales. (*Silencio*). Por tí, por mí, mejor sería que no hubieses venido.

PURA (*lentamente, con los ojos bajos, como distraída*).—Por mí, me explico... ¡Pero, por tí!... ¿Qué mal puede hacerte mi visita?

MARIO (*conteniendo un arranque pasional*).—¿Para qué venir á despertar en mí ideas... y sentimientos... que pueden hacerme desgraciado?

PURA.—No sé qué ideas ó sentimientos que te hagan desgraciado puedo despertarte... (*Con femnina malicia, alzando los ojos, sonrientes*). ¡Ah, recién me doy cuenta! Discúlpame... Mi visita te será desagradable porque te recuerdo á Silvia.

MARIO (*bruscamente*).—Eso es. Has puesto el dedo en la llaga.

PURA (*después de una breve pausa, esforzándose por parecer serena*).—Me voy... Es muy tarde... Miss Dolly estará desesperada...

MARIO (*tomándole ambas manos, casi sin voz*). — ¿Te vas?... ¿Te vas para siempre?... No te lo decía yo. Pura?... ¿Para qué has venido á ofrecerme tu amistad, tu compasión?... ¿No pensaste que sólo serviría para exasperarme y entristecerme, esta limosna de ternura que me traes, este mendrugo de cariño que me arrojas como á un perro hambriento?... ¿Qué consuelo puedes darme tú, pobre esclava de las preocupaciones sociales, que no me ofenda tanto como el desprecio de los tuyos?... ¿No ves que yo no puedo aceptar tu sacrificio y que tu gesto de caridad me duele y me enrojece el rostro como un bofetón...; no ves que yo devuelvo á tu mundo insulto por insulto, desdén por desdén, odio por odio?

PURA.—¡Mario!... ¡tú no tienes el derecho de insultarme!

MARIO.—¡Claro! (*Rie amargamente*). Yo, el hombre obscuro y trabajador, el desgraciado á quién la sociedad sindical de robo, el ladrón Blasco, no tiene derecho de acusar á nadie, y menos á una pobre niña que aunque lo desprecia también lo compadece!...

PURA.—¡Calla, por Dios, Mario, calla! ¿Estás loco?... (*Tiembla, llora*).

MARIO.—¿Qué tienes Pura?... Pareces enferma... tiembas... lloras... (*Mario tiende instintivamente á abrazarla... Ella se aparta con rapidez, pálida como una muerta... Y él deja caer sus brazos y se contiene con un esfuerzo doloroso, como físicamente doloroso. Un silencio*).

ESCENA XV

DICHOS Y MISS DOLLY

MISS DOLLY (*entrando por el foro, á media voz*)—No hay luz... Ya no se ve casi... (*Palpa el marco de la puerta y aprieta un botón de luz eléctrica. La estancia se ilumina. Mario se sienta con la cabeza entre las manos*).

MISS DOLLY.—Señorita Pura, hace ya una hora que estamos de visita, y la señora se enojará tanto cuando lo sepa... Hace un momento estuvieron aquí el niño Dieguito y el señor Téllez...

PURA (*reponiéndose, mas todavía con voz trémula*).—¿Qué dice usted, miss Dolly? ¿Diego y Téllez han estado aquí?

MISS DOLLY.—Sí, señorita Pura. Y se fueron cansados de esperar, mientras usted estaba adentro con el doctor. (*Una pausa*).

MARIO.—Ya lo ves, Pura. Te siguen. Nos espían... Entre nosotros no puede haber ya ni la sombra de nuestra antigua amistad. ¿No tuve yo razón en decirte que hiciste mal en haber venido?

PURA.—No, Mario, no tuviste razón. Ahora tampoco la tienes. (*Pausa breve*). (*A miss Dolly*). Vamos, miss Dolly. (*A Mario, disponiéndose á salir*). Tengo que pedirte una promesa antes de irme...

MARIO (*bajo á Pura, entusiasta y al mismo tiempo ligeramente irónico*).—¿Es todo un acto de heroísmo, Pura, haber venido á ver á mi madre desafiando la cólera de tu familia! Te lo agradeceré mientras viva. ¡Y en agradecimiento cumpliré cualquier promesa que me pidas! (*Al oído*). Aunque sea la de tenderme en la mesa del anfiteatro, para que mis colegas me despedacen.

PURA.—¡Ah!... Lo que tengo que pedirte es bien poco... Que si el estado de Emilia llega á agravarse, me llames para que venga á atenderla en la hora de la muerte, como ella atendió á mi madre.

MARIO.—Te lo prometo.

PURA.—¿Me das tu palabra?

MARIO.—Te doy mi palabra.

PURA (*tendiéndole la mano*).—Adiós, Mario. (*Mario besa largamente la mano de Pura*).

MARIO (*Sordamente*). Adiós, Pura. (*Miss Dolly hace una reverencia á Mario, y sale con Pura por el foro. Mario las acompaña hasta la puerta, y, apoyándose contra el marco, las ve alejarse. Telón*).

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

(Una sala en casa de la familia de Arval. Lujo y buen gusto. Hacia el fondo, un piano, cubierto por una rica tela antigua. Profusión de luces y flores. Puertas laterales y otra al foro. Por la puerta abierta al foro se entrecce un follaje de invernáculo).

ESCENA I

DOÑA LAURA Y DESPUÉS MISS DOLLY

(Doña Laura, vestida con un severo y elegante traje de sa-rao, inspecciona la sala, preparada como para una fiesta. Mueve algunas sillas, da sus últimos toques á los ramos de los floreros...)

MISS DOLLY (entrando por la puerta de la izquierda).— ¡Señora!...

DOÑA LAURA.—¿Qué hay, mis Dolly?

MISS DOLLY.—La señorita Pura ruega á la señora que la disculpe... Dice que no puede bajar porque tiene dolor de cabeza.

DOÑA LAURA.—¡Eso no es más que un pretexto!... No sé qué pueda tener esa señorita Pura de un tiempo á esta parte, con sus encerronas y sus tristezas... Cualquiera que no me conociese creería que ella es una víctima en esta casa.

MISS DOLLY.—Tal vez esté enferma...

DOÑA LAURA.—Y cuando le he ofrecido llamar al médico, ha puesto el grito en el cielo como si la amenazara con el demonio... Suba usted á decirle que se vista como es debido y baje á recibir á mis invitados. Vendrá alguien para ella. Si no baja, tendré que ir yo misma á traerla. (Miss Dolly queda parada; tiene algo que decir y no se atreve). Vaya pronto, miss Dolly; ya es tarde y puede llegar la gente.

MISS DOLLY.—Es que... yo quisiera hablar con la señora...

DOÑA LAURA.—¡Pues despáchese usted, miss Dolly!...

¿Qué tiene usted que decirme?

MISS DOLLY.—Algo serio... Perdóneme si no lo he hecho antes... Hace varios días que deseaba hablar con la señora...

No me apresuré porque esperaba que el niño Dieguito y el señor Téllez hablaran antes...

Doña LAURA.—¡El niño Dieguito! ¡el señor Téllez!...

¿Qué tiene usted de común con ellos? ¿Qué secreto misterioso va usted á comunicarme?

MISS DOLLY.—Se refiere á la señorita Pura...

Doña LAURA.—Ahora entiendo todavía menos... ¡La señorita Pura, usted, Diego, Téllez, qué cuarteto más original!

MISS DOLLY.—El doctor Blasco...

Doña LAURA.—¿También el doctor Blasco?... ¡Entonces es quinteto!

MISS DOLLY.—La señora había prohibido á la señorita Pura que fuese á casa del doctor Blasco á visitar á su madrina...

Doña LAURA.—¿Habría cometido ella semejante inconveniencia? ¡Bien se lo prohibí yo! (*Miss Dolly guarda silencio*). ¿Y usted, cómo se ha atrevido usted á acompañarla sin decirme nada?

MISS DOLLY.—Yo la acompañé sin saber á dónde iba...

Doña LAURA.—Usted está aquí á mi servicio. Debe hacer lo que yo mando, y no lo que manda la señorita Pura.

MISS DOLLY.—Lo sé, señora. La señorita Pura me pidió que la acompañara, como otras veces, y como yo no le pregunté nunca...

Doña LAURA.—¿Por qué no me lo dijo usted en cuanto estuvieron de vuelta?

MISS DOLLY.—Allí me encontré con el niño Dieguito y el señor Téllez, y pensé que ellos hablarían antes que yo...

Doña LAURA (*se pasea agitada*).—¡Eso no tiene sentido común!... ¡Pues no faltaba más!... (*Parándose ante miss Dolly*). Dígale usted á Pura que baje inmediatamente á hablar conmigo. Ya sabe usted que estamos de comida. Ayúdela á vestirse pronto.

(*Miss Dolly sale por la puerta de la izquierda; doña Laura se encamina al foro*).

Doña LAURA.—¡Silvia!... ¡Téllez!... (*Entran Silvia y Téllez, la primera en traje de baile y el segundo en traje de etiqueta*).

ESCENA II

DOÑA LAURA, SILVIA Y TELLEZ

SILVIA (*Acudiendo precavida*). — ¡Llamas, mamá?... ¿Quieres que yo vaya á buscar á Pura?

Doña LAURA.—No, hija; ya fué miss Dolly. (*Bruscamente á Téllez*). ¿Cómo ha podido usted ocultármelo?

TELLEZ.—¿Ocultar qué, señora?

Doña LAURA.—¡El encuentro que tuvieron usted y Diego con Pura en casa de Blasco!

TELLEZ.—No me pareció que fuera nada de particular...

Doña LAURA.—¡Nada de particular, que una niña vaya sola á visitar á un mozo que no está en buenas relaciones con su familia!

SILVIA.—Pura no fué sola, mamá, sino con miss Dolly...

TELLEZ.—Y fué á visitar á una señora enferma, su madrina, la amiga de su madre.

Doña LAURA.—¡Y después de las historias que todos sabemos! ¡Y habiéndole yo recomendado tanto que no fuera! (*A Tellez*). Supongamos que en vez de usted y de Diego se encontrara allí con otros hombres, ¿cómo hubieran comentado estos hombres el encuentro en sus conversaciones de club?

SILVIA.—Déjala tranquila cuando venga, mamá. A Pura le pasa algo. Ayer lloró la noche entera; yo la he sentido, aunque ella lo negara después.

Doña LAURA.—Si yo le permitiese esos caprichos, ¿qué se diría de la educación que doy á mi sobrina?... Ya bastante nos ha molestado antes con su antojo de no salir. (*A Tellez*). ¿No sabe usted que casi á la fuerza tuvimos que sacarla á sociedad? ¡Y todavía se ha dicho que yo quería tenerla encerrada en casa, para que no eclipsase á Silvia!

TELLEZ.—Hacer caso de esas habladerías, señora, sería ponerse al nivel de los que hablan.

Doña LAURA.—Pues al nivel de los que hablan vivimos. Con ellos nos codeamos y chocamos. Dependemos de su opinión, como ellos de la nuestra. Valemos por ellos, y ellos valen por nosotros. (*Entra Ferrando por el foro, en traje de etiqueta*)

ESCENA III

DICHOS, FERRANDO Y DESPUES MISS DOLLY

FERRANDO (*dirigiéndose á doña Laura y dándole la mano*).—¡Hola!... Entro sin anunciarme... Como sabía que me esperaban y les oí conversar...

Doña LAURA.—Es usted de los que no necesitan anunciarse en esta casa. ¿Está usted bien?

FERRANDO.—Como siempre, más fresco que una lechuga. Y, por lo visto, soy el primero en llegar, después del novio. Los viejos somos ahora más puntuales que los jóvenes, si es que han quedado jóvenes en el mundo. (*Dando efusivamente la mano á Silvia*). De ustedes no hay ya que preguntar, ¡con la buena noticia que he sabido!... Porque supongo que esta comida será para participar á los amigos el acontecimiento de familia, (*Saludando á Tellez no menos efusivamente*). ¡Mis felicitaciones, querido amigo! ¿No se lo anuncié yo este verano, cuando

usted se creyó vencido?... Hasta creo que apostamos cualquier cosa... No se olvide usted, que algo me debe.

TELLEZ.—Es verdad, doctor. Ha sido usted profeta. Es usted muy perspicaz.

FERRANDO.—Los médicos somos perspicaces porque somos fisonomistas. ¡Estamos tan acostumbrados á leer en los semblantes de los enfermos!... Y el amor es una enfermedad como otra cualquiera.

TELLEZ (*bajo, indicando á Silvia*).—Usted profetizó el amor donde aun no existía...

FERRANDO (*lo mismo*).—Existían los síntomas precursores. Las enfermedades pueden pronosticarse á veces antes de producirse. Se producen por el estado del organismo. Aunque el bacilo de Koch anda en todos los pulmones, no todos somos tísicos. Únicamente se enferman los que no pueden resistirlo y expulsarlo. Lo mismo pasa con el microbio del amor. Anda en todos los corazones. Pero sólo se arraiga y propaga cuando el corazón está débil y triste.

SILVIA.—¿Me critican ustedes?

FERRANDO.—¿Bueno fuera!... Preguntaba para cuándo es la boda.

TELLEZ.—Para fin de año.

SILVIA.—Y después nos iremos á Europa.

FERRANDO.—¿Oh juventud feliz! (*Bajo á Silvia*). ¿Ve usted como yo he sabido ver en su corazón lo que usted misma no veía aún?... (*Alto á doña Laura*). Y usted, señora, ¿qué me cuenta de nuevo?

Doña LAURA.—¿Que acabo de recibir un disgusto bien grande!

FERRANDO.—¿Se ha excusado á última hora alguno de sus invitados?

Doña LAURA.—No. Sólo vienen tres ó cuatro amigos de confianza: usted, Vilana, Zulema... No son los de afuera los que dan disgustos.

SILVIA.—¿Pero, mamá!...

Doña LAURA.—El doctor es el médico de casa, y por consiguiente el amigo de la familia. Me parece que delante de él bien puedo hablar con confianza. Y más puesto que debo, no sólo disculparme de las críticas que se pueden hacer á mi autoridad sobre Pura, sino consultarlo sobre la misma Pura.

FERRANDO.—¿Qué le pasa á su sobrina?

Doña LAURA.—Se lo diré á usted, pidiéndole reserva... No tengo otro de quien aconsejarme.

FERRANDO.—Usted sabe, Laura, que soy un viejo y sincero amigo.

Doña LAURA.—Lo sé, doctor. Mil gracias.

FERRANDO.—¿Está enferma Pura?

Doña LAURA.—Enferma, no parece estarlo... Más valiera eso tal vez.

FERRANDO.—¿Qué le pasa, entonces?

DOÑA LAURA.—Le pasa... que contra mi expresa prohibición ha ido á casa de Blasco.

SILVIA.—Con miss Dolly...

TELLEZ.—Y á visitar á doña Emilia.

DOÑA LAURA.—¡Como ustedes quieran! Pero con los antecedentes...

FERRANDO.—Que yo conozco.

DOÑA LAURA.—Y con lo que se murmuraba en Mar del Plata...

FERRANDO.—¿Qué se murmuraba?

DOÑA LAURA.—Que Pura tenía una marcada inclinación por Blasco.

SILVIA (*sorprendida*).—¿Que Pura estaba enamorada de Blasco? ¡Qué disparate!

FERRANDO (*bajo y sonriendo, á Silvia*).—Mal podría usted saber lo que pasaba en el corazón de Pura, si no supo usted siquiera lo que pasaba en el suyo.

DOÑA LAURA.—Yo me temo que algo haya de verdad en eso que se dice de Pura... (*Aparte á Ferrando*). Pero no pierdo la esperanza de que triunfe nuestro amigo Vilaua.

FERRANDO (*aparte á doña Laura*).—De usted depende.

(*Entra miss Dolly por la puerta de la izquierda, y saluda con la cabeza á Ferrando*).

MISS DOLLY.—La señorita Pura dice que bajará en seguida. Ya estaba arreglándose, porque pensaba que la señora la mandaría llamar...

DOÑA LAURA.—Está bien. Gracias. (*Salte miss Dolly*).

ESCENA IV

DOÑA LAURA, SILVIA, TELLEZ Y FERRANDO

FERRANDO (*señalando á miss Dolly que se retira*).—¿La confidente de Pura?

SILVIA.—¡Oh, no! Pura no hace confianzas... Yo creo que nunca ha sentido esa necesidad.

DOÑA LAURA.—Ahí está, como un ogro, metida en su cuarto.

SILVIA.—En estos últimos tiempos parece muy triste.

TELLEZ.—¿No conoce usted un remedio contra la tristeza? ¿Se haría usted inmortal si lo descubriera!

FERRANDO.—Eso sólo se cura en toros y vacas.

TELLEZ.—¿Es incurable en el hombre?

FERRANDO.—En las niñas, la tristeza es una nube de primavera. Nube que refreseca, pasa y deja el jardín más florido y oloroso que nunca.

TELLEZ.—Las sonrisas son las rosas.

SILVIA.—En el jardín de Pura ya no hay rosas.

Doña LAURA.—Siempre fué Pura independiente y hasta voluntariosa, y ahora está más rara que nunca... (*A Ferrando*). Que le parece á usted, doctor, ¿no se me criticaría, y con razón, si yo permitiese á mi sobrina escapadas como la visita á casa de Blasco?

FERRANDO.—Seguramente, Laura. Por eso hizo usted muy bien en prohibirlo.

Doña LAURA.—Dígame usted también, doctor. ¿no debo tomar una resolución enérgica para que el hecho no se repita?

FERRANDO.—Debe usted tomarla, si no quiere exponerse y exponer á Pura á la malediceicia pública.

Doña LAURA (*indicando á Téllez y Silvia*).—Pues estos señores opinan que hacer caso de las habladurías es ponerse al nivel de los que hablan...

FERRANDO.—La sociedad es un gran mar, con sus abis- y odio con odio. Despreciar la opinión es hacerse despreciar por la opinión. ¡Y nada más peligroso!

Doña LAURA.—Creernos superiores al juicio de los demás es el mejor medio de extraviarnos...

FERRANDO.—La sociedad es un gran mar, con sus abis- mos, sus borrascas, sus calmas. Cada individuo es una gota de agua en ese mar. Si la gota pretende aislarse y salta sobre una piedra de la orilla, se secará al beso del primer rayo de sol.

TELLEZ.—Se vuelve usted poeta. Y todo para reprobar el generoso impulso de Pura... Fué con las manos llenas de rosas y volvió con las manos llenas de espinas.

Doña LAURA.—Por lo visto, no sólo Ferrando se vuelve poeta... ¡Y todo para disculpar la rebeldía de una muchacha sin experiencia, que compromete su reputación y el nombre de su familia! Porque nada más delicado que la reputación de una niña... Basta una sombra para mancharla. Basta una sospecha para ahuyentar á sus pretendientes. No sé qué pensará el doctor Vilana, si llega á saber que Pura...

FERRANDO.—Felizmente, Vilana es un espíritu elevado y sordo á esas pequeñeces.

Doña LAURA.—Aquí todos somos sus partidarios.

FERRANDO.—Es ya un médico notable.

Doña LAURA.—No dudamos que Pura acabará aceptándolo. A propósito de Vilana. Ya sabe usted que lo he invitado á comer. Nada ha contestado, aunque nos mandó una bonita canasta de claveles blancos. ¿Cree usted que vendrá?

FERRANDO.—No lo dudo. A los médicos debe perdonárse- nos algún retardo. Nunca somos dueños de nuestro tiempo.

SILVIA.—Tampoco ha venido Zulema todavía.

TELLEZ.—¡Antes de que Zulema acabe su *toilette!* (*Entra Diego, de "smocking", por el foro*).

ESCENA V

DICHOS Y DIEGO

DIEGO (*después de saludar con una sonrisa á Tóñez, dándole la mano á Ferrando*).—Buenas noches, doctor.

DOÑA LAURA.—Me extraña, Diego, que tú tampoco me dijeras nada de la extravagancia de Pura...

DIEGO.—Dejemos ese asunto, mamá. Yo no creo que la visita de Pura á Emilia fuera tan extravagante. Ella es mayor de edad, sabe lo que hace, y me inspira plena confianza.

DOÑA LAURA.—¿Y yo, tu madre, no te inspiro también plena confianza?... Pues yo prohibí á Pura lo que ha hecho. Tú, como mi único hijo varón, debiste hacer cumplir las órdenes de tu madre.

DIEGO.—Ya le dije, mamá, que yo no quiero intervenir para nada en las cosas de Pura. Su prohibición me parece hasta ofensiva para ella. No seré yo quien se meta á hacerla cumplir.

DOÑA LAURA.—Tus deberes, Diego...

DIEGO.—Mis deberes de caballero y de hombre son dejar en paz á una pobre muchacha que se ha refugiado bajo nuestro techo.

DOÑA LAURA.—Tu deber de hijo...

DIEGO.—Dejemos de lado mi deber de hijo, pues que yo no hablo de sus deberes de tutora ó madre adoptiva de Pura.

DOÑA LAURA.—¿Me faltas el respeto, Diego!...

(Pausa breve).

DIEGO.—Entonces, retiro lo dicho.

DOÑA LAURA (*con reticencia y á media voz*).—Pero no puedes retirar lo que sientes. Y cuando se trata de tu madre y de tu prima... optas por tu prima. ¡Así entiendes tú el deber!

DIEGO.—¿Fíjese usted en lo que dice, mamá!

DOÑA LAURA.—Tiempo hace que me vengo fijando. (*Una pausa*).

DIEGO (*con violencia*).—Más tarde nos explicaremos... No olvidemos que ahora tenemos visitas.

FERRANDO.—Somos todos de confianza, Diego, y la señora tiene razón.

DIEGO (*sin disimular su ira*).—Tiene razón, ¿en qué?

FERRANDO.—En quejarse de Pura. (*Diego vuelve la espalda á Ferrando*). No es posible mantener el decoro de una familia si no se respeta la autoridad del jefe.

(*Entra Pura por la puerta izquierda, en un traje de baile que realza su natural belleza y elegancia. Está algo pálida y ojerosa.—Diego sale por el foro*).

ESCENA VI

DOÑA LAURA, SILVIA, TELLEZ, FERRANDO Y PURA

PURA (*saludando á Ferrando y sonriendo*).—Hablaban ustedes de mí... y seguramente muy mal. (*Saluda á Tellez*).

TELLEZ.—Mal... y bien.

SILVIA (*seria*).—Yo... bien.

FERRANDO (*sonriente*).—Yo... mal.

PURA (*después de saludar á Tellez*).—No necesitan ustedes decir más. Ya sé de qué trataban. (*Seria*). Pues muchas gracias á los que hablaban bien... (*sonriendo*) y muchas gracias á los que hablaban mal.

FERRANDO.—Aquí todos somos amigos suyos.

PURA.—Yo no tengo enemigos.

DOÑA LAURA (*á Ferrando y Tellez*).—¿No quieren ustedes pasar al *hall*? Estarán allí más cómodos.

FERRANDO.—Como usted disponga.

(*Eucamiñanse conversando hacia el foro Silvia, Tellez y Ferrando*).

DOÑA LAURA (*mirando con sus "impertinentes" el tocado de Pura*). Tengo que hablarte seriamente, Pura.

PURA.—Estoy á sus órdenes.

(*Salen todos menos doña Laura y Pura. Pausa*).

ESCENA VII

DOÑA LAURA Y PURA

DOÑA LAURA.—Dime, Pura, ¿no te hemos tratado siempre en esta casa con las consideraciones que te debíamos?

PURA (*casi sin voz*). Es cierto, tía Laura. Y usted ha sido muy bondadosa conmigo...

DOÑA LAURA.—Al vivir con nosotros, ¿no te comprometías á obedecerme como si yo fuera tu madre?

PURA.—También es cierto, tía Laura.

DOÑA LAURA.—Entonces, ¿por qué has desoído mis consejos y fuiste á visitar á la familia de Blasco?

PURA.—Perdóname, tía Laura. Emilia me escribió una carta que partía el alma, y yo pensé que debía ir... Ella cuidó á mi madre sin apartarse de la cabecera en su última enfermedad.

DOÑA LAURA.—Excusas no te han de faltar... Yo no quiero discurrir contigo. Pero el hecho es que me desobedeciste. ¿Has meditado sobre las consecuencias que puede traerte el desobedecerme?

PURA.—Como creí que obraba bien...

DOÑA LAURA.—No obrabas bien, Pura; obrabas muy mal.

PURA.—Obraba según mi conciencia y mi corazón.

DOÑA LAURA.—Tu conciencia y tu corazón te engañaban. Debiste más bien escribir á esa señora, sin ponerme en el caso de despachar á miss Dolly...

PURA.—¡Despachar á miss Dolly, después de tantos años de servicio!... ¡No vaya usted á hacer eso, tía Laura!... Yo la llevé sin que ella supiese...

DOÑA LAURA.—De todos modos la despediré, ahora que se casa Silvia, para evitar que te acompañe en nuevas escapatorias. No quiero que comprometas más esta casa. (*Pausa*).

PURA.—Sólo le pido permiso para ir á ver una vez más á Emilia. Ella quiere entregarme al morir unas alhajas y cartas de mi madre. Yo le prometí ir á recibirlas cuando ella me llame... ¡y cumpliré mi promesa, tía Laura, la cumpliré!

DOÑA LAURA.—No irás, Pura, no irás. Si vas, te rebelas contra mi autoridad. Puedes prever los resultados... ¿No comprendes que esas visitas á casa de Blasco te comprometen?

PURA.—¿Por qué?

DOÑA LAURA.—Se dice que tú quieres á Mario.

PURA.—Como un amigo, como un hermano...

DOÑA LAURA (*entre dicntes*).—Tienes una curiosa manera de sentir tu cariño de hermana...

PURA.—¡Tía Laura!... (*Pausa*).

DOÑA LAURA.—¿Y él, Mario?...

PURA (*amargamente*).—¡El!... ¡A él no le importa nada de mí, absolutamente nada!... ¿Acaso me ha dado siquiera señales de vida desde que fuí á su casa, exponiéndome á la indignación de mi familia!... Pierda usted cuidado. Mario tiene muchas cosas en qué pensar para acordarse de mí.

DOÑA LAURA.—Eso no me importa. Lo que me importa, ¡y no toleraré! es que vuelvas á provocar la murmuración yendo otra vez á su casa, ¿oyes? ¡No lo toleraré! (*Pausa*).

PURA.—¡Tía Laura! Hablemos claro. Usted está descontenta conmigo no sólo por ese motivo... sino también por otros...

DOÑA LAURA.—Estoy disgustada, muy disgustada por tu conducta en estos últimos tiempos. Te encierras, no quieres ir á ninguna parte, no hablas casi, no me escuchas.

PURA (*con suprema angustia*).—¡Pero hay algo más, tía Laura, hay algo más!...

DOÑA LAURA.—¿Qué?

PURA.—Dígalo de una vez, tía Laura... Usted quiere que yo salga pronto de aquí, que yo me case...

DOÑA LAURA.—¡Pura!

PURA.—Usted quiere que yo salga de aquí, que me case... porque piensa... usted supone... algo muy feo, tan feo...

DOÑA LAURA.—¡Pura!

PURA.—Usted sospecha del cariño que me tiene Diego, su hijo, mi primo, ¡mi hermano!...

DOÑA LAURA.—Nada te he dicho...

PURA.—Pero usted lo piensa, lo piensa siempre... Hace un momento, cuando yo entré á esta sala y usted discutía con su hijo, ¿qué pensaba usted? ¿qué pensaba usted de mí?...

Doña LAURA.—Yo sé que eres buena, muy buena...

PURA (*como delirando*).—Sí, tía Laura. No lo niegue. Usted sospecha... ¡Yo lo veo, yo lo siento, yo respiro como un veneno esa sospecha en el aire de esta casa! (*Se arroja sollozando sobre un sofá*).

Doña LAURA.—¡Qué niña eres!... ¡Seréuate!... ¡Pueden encontrarte así las personas que vengan!... (*Pausa breve*). ¡Pura, por Dios, haz de cuenta que nada te he dicho!... (*Un largo silencio*).

PURA (*poniéndose de pie, con inusitada entereza, casi con altivez*).—¡Hablemos claro, tía Laura!... Yo estoy aquí demás.

Doña LAURA.—¡Nadie te dice semejante cosa!

PURA.—Ya sé que nadie piensa en ponerme en la puerta. Pero esta prisa por casarme...

Doña LAURA.—Es por tu bien. Tú no tienes otro porvenir. Las mujeres no tenemos otro porvenir.

PURA.—Lo sé. No tengo más parientes que ustedes. Debiendo salir de aquí no hay más solución que el matrimonio ó el convento. Y como no siento vocación religiosa, no me queda más que el matrimonio... Pues le prometo á usted casarme pronto, cuanto antes. Sólo le pido un plazo, un plazo corto, el que se da siempre para liquidar las malas mercaderías ó desalojar las casas mal ocupadas.

Doña LAURA.—No tomes el asunto por el lado trágico. Es sólo cuestión de casamiento...

PURA.—Tiene usted razón. El casamiento es más bien una cosa cómica.

Doña LAURA.—O por lo menos un acontecimiento feliz, sobre todo cuando se tiene pretendientes como los tuyos. Ahí está Vilana... ¿Piensas aceptarlo?

PURA.—A Vilana ó cualquier otro... Pero deme usted tiempo...

Doña LAURA.—Todo el que necesites... Yo no quiero noviazgos improvisados de la noche á la mañana. Siempre salen mal. Recuerda lo que le sucedió á Silvia...

PURA.—Sí... sí... No se apure, tía Laura, que yo también trataré de complacerla.

Doña LAURA.—Pues para complacerme, empieza por secarte esas lágrimas... Arréglate el pelo... Pon una cara más amable á mis invitados...

(*Antes de que termine su frase doña Laura entran por el foro Vilana, también de frac, y Ferrando*).

ESCENA VIII

DICHOS, VILANA Y FERRANDO

VILANA (*entrando y deteniéndose*).—A mal tiempo, buena cara.

FERRANDO.—Aquí se lo traigo... Tenía miedo de entrar.

VILANA (*dando la mano á doña Laura*).—Y, por cierto, que venimos á sorprender un coloquio de familia...

PURA (*sonriendo y tendiéndole á su vez la mano*).—Verdaderos secretos de familia.

VILANA.—... Y, para colmo, con algún retraso.

Doña LAURA.—Ninguno. Todavía esperamos gente.

PURA (*forzadamente amable*).—Recibimos sus claveles blancos, como heraldos que nos anunciaban su llegada...

FERRANDO.—La llegada del príncipe que viene á romper el encanto que mantiene triste y cautiva á la princesa de los rizos de oro.

PURA (*á Vilana, sonriendo*).—¡Adelante!... Ningún dragón de fuego me defiende.

Doña LAURA (*con visible complacencia*).—Veo que estoy demás aquí. Yo nada entiendo de encantos...

PURA (*para sí*).—¡Ni de desencantos! (*Se retira á segundo término hablando aparte con doña Laura.—Ferrando y Vilana quedan solos en primer término*).

FERRANDO (*bajo á Vilana*).—Tuvimos esta tarde sesión en la facultad. Por mucho empeño que pusimos, yo y varios compañeros, la renuncia de Blasco no fué aceptada.

VILANA.—Me lo temía. Los términos de la sentencia le son tan favorables... como que el juez no se contenta con condenar á Rosales, sino que absuelve á Blasco y declara que la causa no afecta su honor.

FERRANDO.—Y la intendencia lo confirma también en la dirección del hospital, y los médicos y empleados le preparan un gran banquete... Los estudiantes, por no ser menos, le proyectan á su vez no sé qué manifestación de desagravio... Es el caso de que yo le repita á usted lo que usted decía hace un instante: "A mal tiempo buena cara".

VILANA (*sonriendo*).—Y la he puesto... La hemos puesto cuando fuimos á visitarlo. ¡á meternos en la cueva de la fiera! Voy á contarle á Pura nuestra visita, para que crea en mi buen corazón. (*Dáse vuelta hácia Pura*).

FERRANDO (*alto á doña Laura*).—Parece que aquí estorbamos...

Doña LAURA.—Así parece... (*Ferrando y doña Laura salen por la puerta de la izquierda*).

ESCENA IX

PURA Y VILANA

VILANA.—No sé qué noto en usted esta noche... Usted es otra.

PURA.—Otra soy, en efecto... Acabo de tomar una gran resolución, de esas que generalmente solo se toman una vez en la vida.

VILANA.—¿Me haría usted el honor de tomarme por confidente?

PURA.—¡Oh, no es ningún secreto!... Siéntese usted para oirme mejor... (*Ambos se sientan*). He resuelto casarme. (*Pausa*). ¿Halla usted extraña esta resolución?

VILANA.—La resolución, no. A usted la hallo extraña.

PURA.—¿A mí?

VILANA.—A usted... Porque hasta hace poco tiempo me decía usted que no pensaba casarse.

PURA.—He cambiado de opinión.

VILANA.—Habrá usted encontrado un hombre que le guste...

PURA.—Todavía no lo sé.

VILANA.—¿No quiere... no ha querido usted á nadie?

PURA.—Se lo he dicho ya otra vez.

VILANA.—¿Y se acuerda usted lo que yo le repuse?

PURA.—Me acuerdo. Que el amor me sorprendería cuando yo menos lo pensara. (*Pausa breve*). Pues hasta ahora se ha equivocado usted: el amor no me ha sorprendido.

VILANA.—Según lo que usted entienda por amor. Ha leído usted demasiado *Pablo y Virginia* y *Rafael*. Esa lectura romántica le ha sugerido una falsa idea del amor en nuestros tiempos.

PURA.—¿Sí?... .

VILANA.—El amor no es ya un torbellino ni un abismo. Es lo que usted ha visto en Silvia: la amistad razonable, el aprecio fundado... Cuando un hombre y una mujer son amigos y se estiman, el amor viene después, con el casamiento. Y ese es el amor verdadero y durable, el amor del corazón y la cabeza.. El otro por mucho que se le idealice, no es más que el amor de los sentidos, ¡el viejo diablo metido á fraile!

PURA.—Poco á poco voy creyéndolo así...

VILANA.—Y acabará usted por creerlo completamente. (*Emocionado*). Entonces se resolverá usted á aceptar el hombre que siempre la quiso, el único hombre que verdaderamente la ha querido....

PURA.—¿Usted?

VILANA.—Sí; yo. (*Una pausa*). Usted se formó últimamente en Mar del Plata un mal juicio de mí. Creyó usted que, por motivos indignos, era yo capaz de hacer una guerra sorda á su amigo el doctor Blasco... Pues bien, debo confesarle ingenua-

mente que me equivoqué respecto de Blasco. Su amigo era inocente de la imputación que se le hizo...

PURA.—¿Lo han declarado así los jueces?

VILANA.—Sí. ¿No lo sabía usted? La noticia ha salido hoy en todos los diarios, y, por cierto, que en términos elogiosísimos para él...

PURA.—Yo no leo los diarios. (*Para sí misma*). ¡Y él, no haberme escrito una palabra!

VILANA.—Por ciertos indicios, y sobre todo por aquello que usted me dijo, ¿recuerda? ya antes de que saliera la sentencia, yo pensé que ella sería favorable á Blasco. Y fui á su casa á darle amplias satisfacciones... ¿Está usted contenta de mí?

PURA.—Ha cumplido usted con su deber, Vilana.

VILANA.—¿Acaba usted entonces, por desechar las prevenciones que tenía contra mí y por reconocer la rectitud de mis sentimientos y de mis procederés?

PURA.—Sí.

VILANA.—Gracias. Da usted ahora el primer paso para quererme, Pura... Y usted llegará á casarse conmigo, como se lo he pronosticado, y será muy feliz, ¡se lo prometo!

PURA.—Es posible. Con ese casamiento, no se lo debo ocultar, daría yo un gran gusto á mi familia y hasta una feliz solución á ciertas cuestiones enojosas... Pero deme usted tiempo para pensarlo, Vilana.

VILANA.—Le doy á usted todo el tiempo que quiera, pues cuanto más lo piense usted, más seguro estoy yo de la victoria.

(*Entra Zulema por el foro, muy apresurada, envuelta en una lujosa "salida de baile"*).

ESCENA X

DICHOS Y ZULEMA

ZULEMA (*besando cariñosamente á Pura*). ¡Aquí me tienen ustedes!... Entro de la calle, pregunto dónde está Vilana, Ferrando me dice al oído que se halla de gran conferencia con Pura... (*dando la mano á Vilana*) y me vengo directamente hasta aquí, sin sacarme el abrigo ni detenerme, para ser la primera en felicitarlos.

VILANA.—Le agradecemos la intención. Pero todavía...

ZULEMA.—¡Todavía!... Me contesta usted como Blasco, cuando creyó comprometerse con Silvia... ¡Tenga usted cuidado! Mire que esa contestación es de mal agüero... *Pas de chance!*

PURA.—Estás sofocada, hija... Vete á sacarte el abrigo.

ZULEMA (*encaminándose á la puerta de la izquierda*).—Espérenme ustedes, que ya vuelvo... Tengo muchas cosas que decirles. (*Sale*).

ESCENA XI

PURA Y VILANA

VILANA.—¡Qué afán casamentero el de Zulema!

PURA.—Quiere casar á todo el mundo... y no principia por casarse ella misma.

VILANA.—Eso sería más difícil... En todo caso, intenciones no han de faltarle.

PURA (*sonriendo*).—Tiene la manía de felicitar. Y lo cierto es que, á juzgar por ciertos antecedentes, sus felicitaciones resultan á veces de mal augurio, como ella misma recordaba...

VILANA.—Por lo menos son de mala intención. Es ella como el perro del hortelano...

(*Zulema entra por el foro, habiéndose ya despojado del abrigo. Corre hacia el piano, lo abre, se sienta y ataca brillantemente la "Marcha Nupcial" de Mendelsohn.—Luego entran Diego, Silvia y Téllez.*)

ESCENA XII

DICHOS, ZULEMA, DIEGO, SILVIA, TELLEZ Y DESPUES DOÑA LAURA Y FERRANDO

DIEGO.—Pura, ¿qué hay de verdad en la noticia que nos acaba de dar Zulema?

SILVIA.—¿Es cierto, Pura?

FERRANDO (*entrando por la puerta de la izquierda*).—¡Hola, hola!... ¡Con que esas teníamos!...

DOÑA LAURA (*siguiendo á Ferrando*).—¡Lo esperábamos doctor Vilana, aunque no tan pronto!

VILANA.—Me sorprenden ustedes.

PURA.—No; esto no es más que una picardía de Zulema...

DIEGO.—Ella nos ha dicho que se acaban de comprometer ustedes.

PURA (*llamando*) ¡Zulema!

(*Zulema se levanta del piano y acude al llamado*).

FERRANDO (*á Zulema, sonriendo*).—Venga usted, mentirosa, á rendir cuentas de su mentira.

ZULEMA.—¿Qué mentira?... (*A Vilana y Pura*). Por la manera de contestar de ustedes yo supuse... y como todas se casan en esta familia... (*Haciendo ademán de bendecir*). Silvia con Téllez... Pura con Vilana... Creo que hasta la señora con Ferrando...

DIEGO (*á Zulema*).—¡Cómo sentirá usted no ser de la familia. (*Todos ríen*).

PURA (*ligeramente irritada, á Zulema*).—¡De dónde has sacado que yo me case con Vilana?

ZULEMA.—Por tu contestación, como te he dicho. Por lo menos creí que estabas comprometida á medias...

PURA.—Yo no entiendo eso de comprometerse á medias... O se da ó no se da palabra de casamiento.

ZULEMA.—Sin embargo, nada más general que los compromisos á medias. Hasta creo que son una especialidad de esta tierra... Pero tienes razón, Pura. A mí no me agradaría tampoco eso de estar á medias de novia... Me suena como estar á media ración.

FERRANDO.—Siempre será mejor que el ayuno forzado...

DIEGO.—Mala cosa es el ayuno, Zulema. Llena la boca de bilis... (*Todos ríen*).

ZULEMA (*riendo á carcajadas*).—Pues ya están galantes ustedes conmigo...

DIEGO.—De tanto hablar de media ración y de ayuno, me han despertado ustedes el apetito...

ZULEMA.—¿El apetito de qué?...

DIEGO.—Ya debe ser hora de ir á la mesa...

ESCENA XIII

DICHOS, MISS DOLLY Y DESPUES UN CRIADO

MISS DOLLY (*ante la puerta de la izquierda, bajo á doña Laura*).—He hecho servir la comida, señora.

DOÑA LAURA.—Podemos pasar al comedor.

(*Miss Dolly sale, y todos los demás se disponen también á salir por el foro, Ferrando con doña Laura, Téllez con Silvia y Diego con Zulema, cuando entra por ahí un criado con una tarjeta en una bandeja de plata y se la presenta á Pura*).

DOÑA LAURA (*al criado*).—¿Qué es eso?

EL CRIADO.—Un señor que pregunta por la señorita Pura.

DOÑA LAURA.—¿No le ha dicho usted que no podemos recibirlo porque tenemos invitados?

EL CRIADO.—Sí; pero ha insistido tanto...

PURA (*después de leer la tarjeta, al criado, muy turbada*).—Hágalo usted pasar al escritorio y dígame que me espere. (*El criado sale por el foro. Pausa*). Es el doctor Blasco...

ZULEMA.—¿Blasco! (*Con intención de incomodar á Vilana y á Ferrando*). Es ahora *l'homme du jour*. ¿Han visto ustedes que elogios le prodigan los diarios? Hoy no he leído menos de dos ó tres columnas de ponderaciones. (*Haciendo como si leyera*). Es un carácter austero, un trabajador incansable, una gloria de la patria... Los médicos del hospital y los estudiantes de la Facultad le ofrecen grandes manifestaciones públicas, que él rehusa porque su modestia está á la altura de sus méritos...

FERRANDO (*vagamente irónico*).—Los verdaderos hombres de ciencia son siempre modestos.

VILANA.—Nosotros nos felicitamos de que al fin se haya hecho paso la verdad...

PURA (*á doña Laura*).—Blasco viene á verme de parte de Emilia... Tal vez me trae las cartas y alhajas de mi madre... Le pido permiso para recibirlo, tía Laura...

DOÑA LAURA (*secamente*).—Y yo te niego ese permiso.

PURA.—Entonces, tendré que ir á recibirlo en la puerta de calle...

DOÑA LAURA.—¡Pues no faltaba más!... Mándale preguntar lo que quiere...

PURA.—He dado orden al sirviente de que lo haga pasar al escritorio.

DOÑA LAURA (*tocando con el timbre eléctrico*).—En mi casa, nadie da órdenes más que yo. (*Al criado que se presenta por la puerta de la derecha*). Diga usted á ese señor que la señorita Pura no puede recibirlo.

EL CRIADO (*indicando la habitación que se supone á la derecha*).—Ya lo he hecho pasar, señora... Está ahí esperando...

DOÑA LAURA.—Dígale de mi parte que se retire... tía Laura. Eso no puede ser. Es el hijo de Emilia.

PURA (*interponiéndose entre el criado y la puerta*).—No.

DOÑA LAURA (*al criado*).—¿No ha oído usted?

DIEGO.—Mamá, Blasco es mi amigo.

TELLEZ.—Y el mío.

VILANA (*á doña Laura*).—Es amigo de todos, señora...

FERRANDO.—No debemos proceder tan violentamente, querida Laura... Sin necesidad de que lo reciba Pura, ¿no puede ir alguien á ver lo que desea?

DIEGO.—Eso me parece mejor. Iré yo. (*Sale por la derecha, y el criado por el foro*).

TELLEZ (*bajo á Silvia*).—Yo he venido á visitarla á usted, Silvia, á usted sola. Tengo mucho que decirle, y veo que estamos perdiendo el tiempo aquí y escuchando lo que no nos importa...

SILVIA.—Vámonos á la antestla.—(*Sal en por la izquierda*)

ESCENA XIV

DOÑA LAURA, ZULEMA, FERRANDO, VILANA Y DESPUES DIEGO

ZULEMA (*á doña Laura*).—Acaso ese señor Blasco tendrá que decir á Pura algo reservado y confidencial.

DOÑA LAURA (*bajo y severamente á Pura*).—Ya ves los resultados de la visita.

ZULEMA (*que ha sorprendido la recomendación de doña Laura á Pura*).—¿Qué visita? (*Silencio*).

PURA.—Mi última visita á Emilia.

ZULEMA.—¿A Emilia, la madre de Blasco?... ¿Has tenido

tú el valor de ir á la casa de Blasco?... ¿Y no perdiste la cartera?

VILANA.—Usted sabe, Zulema, que Blasco es un caballero y un amigo de Pura.

ZULEMA.—Yo también hago justicia á Blasco. Era una broma... Peores las gastan ustedes conmigo.

(*Diego entra por la puerta de la derecha y la cierra detrás de sí*).

DIEGO (*á Pura*).—Mario quiere hablar de cualquier modo contigo. (*Señalando la derecha*). Te espera ahí.

Doña LAURA (*á Diego*).—Pues Pura no puede recibirlo. Vuelve á que te diga para qué la quiere. (*Diego no se mueve*).

PURA.—Es el último favor que le pido, tía Laura. Déjeme ir...

Doña LAURA.—En mi casa no se ha faltado jamás á las conveniencias...

ZULEMA (*á Pura*).—Piensa en lo que dirá el mundo, si acudes así al primer hombre que te llama.

FERRANDO.—Aquí no hay más que un pequeño mal entendido, bien fácil de solucionar si procedemos con prudencia... (*Á doña Laura*). ¿Por qué no va usted misma, Laura, y trata de hacer entrar en razón á ese mozo? Será un nuevo sacrificio que usted haga por la educación de los suyos.

Doña LAURA.—No podría... Me ofendió tan gravemente...

ZULEMA (*después de acercarse á la puerta de la derecha y aplicarle el oído*).—¡Schit!... (*Pausa breve*). Se pasea como una fiera enjaulada de un extremo á otro del cuarto... (*Pausa breve*). Parece que está muy nervioso...

DIEGO.—Y no es para menos. Hacerlo entrar, negarse después á recibirlo, mandarle un emisario...

Doña LAURA (*á Ferrando*).—¿Por qué no va usted en mi nombre, doctor?

FERRANDO.—¡Yo!... Imposible. He tenido mis pequeños disgustos con Blasco... Además, no soy de la familia.

ZULEMA (*á doña Laura*).—Si usted quiere, Laura, voy yo...

DIEGO.—Sería el mejor modo de ponerlo pronto en fuga.

ZULEMA (*riéndose*).—¡Insolente!

DIEGO.—Usted no me ha dejado concluir... De ponerlo en fuga; pero con una flecha de Cupido clavada en medio del pecho.

VILANA.—Yo no me ofrezco á recibir al doctor Blasco, porque soy el menos indicado...

PURA.—Es inútil que nadie se incomode. Ha venido á verme á mí...

Doña LAURA.—¡Pura!...

DIEGO.—Me parece que también yo estoy aquí demás... (*Sale por la izquierda*).

FERRANDO.—Lo mismo nosotros... (*Quiere salir con Vilana*).

Doña LAURA (*reteniéndoles*).—Quédense ustedes. Se lo ruego... Ayúdenme á convencer á esta niña.

PURA.—Estoy convencida de antemano... Blasco ha venido á verme... y yo voy... (*Quiere salir por la derecha*).

Doña LAURA (*amenazadoramente, tomándola de la muñeca*).—¿Te olvidas que estás todavía en mi casa? (*Se abre la puerta de la derecha y se presenta Mario, que saluda gravemente con una inclinación de cabeza. Un largo silencio*).

ESCENA XV

Doña LAURA, PURA, FERRANDO, VILANA Y MARIO

MARIO (*articulando lentamente, como quien quiere ser comprendido en pocas palabras*).—Siento interrumpir á ustedes, señores, y les pido disculpa...

Doña LAURA.—¿Se ha atrevido usted á venir á mi casa sin mi consentimiento!... Le ruego que se retire.

MARIO.—¡Señora!... He pasado mi tarjeta á la señorita Pura Brest' y el portero me ha hecho entrar. Vengo á pedido suyo y de mi madre. Seré breve. (*A Pura*). Cumplo mi promesa, Pura. Mi madre está en sus últimos momentos y quiere verte. (*Pausa breve*). Pero, en tu interés, debo hacerte presente que, si vienes, no se te perdonará en tu casa...

PURA.—No importa.

Doña LAURA.—¿No irás con él!... Eso sería descabellado...

PURA.—No es descabellado, tía Laura; es mi deber. Al morir mi madre me encargó que quisiera y respetase á Emilia como á ella misma. Ahora Emilia me llama. Es este el primero... y el último pedido que me hace. Debo obedecerla. Podría acompañarme miss Dolly...

Doña LAURA.—¿Pura!... Te prohibo que salgas, ¿has oído!... Te prohibo que des un escándalo y faltes á tu nombre!...

PURA (*siempre con firmeza y aparente tranquilidad*).—Perdóneme, tía Laura. Esta vez no puedo obedecerla. (*Pausa breve*). ¿Permite usted siquiera que alguien me acompañe?

Doña LAURA.—No. Si sales, sales escapada, contra mi voluntad, y para no volver nunca á esta casa. (*Pausa breve*).

MARIO.—El tiempo urge, Pura. Decídete por ti misma. Yo nada puedo aconsejarte.

FERRANDO.—Razonemos un poco, Purita. Usted es una niña buena, muy buena, demasiado buena... Por eso no se da cuenta de la maldad del mundo. Yo, que soy viejo amigo suyo, le aconsejo que no desafíe la maledicencia.

VILANA.—Usted, Pura, se forja además deberes que no existen. Su mamá, al morir, sólo le recomendó que tuviera cari-

ño y respeto á su señora madrina; pero no que le sacrifique su nombre y su porvenir...

MARIO (*á Ferrando y Vilana, sin poder refrenar un gesto de desprecio*).—Creo que nadie les consulta. Pura es bastante inteligente para comprender lo que valen los consejos de ustedes. ¡Sólo se da un consejo noble cuando se tiene un alma noble!

VILANA.—¡Usted nos provoca!

MARIO.—No deseo provocar á nadie. Hago, sí, constar que sólo á espíritus perversos puede ocurrírseles dudar de la virtud de una niña, porque honra la memoria de su madre y va á darle el último adiós á una pobre mujer que la llama al morir.

FERRANDO.—¡Mídale usted sus palabras, doctor!

VILANA (*fuera de sí*).—¡Recuerde que, cualquiera que haya sido el fallo de sus juces y nuestra benevolencia, la opinión pública no le da á usted el derecho de insultarnos!

MARIO (*perdiendo también el dominio de sí mismo*).—Hago también constar que sólo á dos miserables puede ocurrírseles que un hombre honrado como yo, aproveche la agonía de su madre para atentar contra el honor de una niña que acude á despedirla con sus caricias y sus lágrimas. (*Se hace un silencio, tan intensamente dramático, que parece esperarse un grito...*)

FERRANDO (*con voz trémula*).—Ya ve usted, Pura, el hombre á quien quería confiarse. Aprovecha la presencia de señoras para insultar á sus pares, sino á sus superiores. (*A doña Laura*). Señora, ¿no lo oye usted? Puede usted arrojarlo de su casa como á un perro.

MARIO (*inconscientemente declamando en su exaltación*).—Como un perro es usted quien debiera ser arrojado de cualquier casa honesta. ¿Cuáles son sus méritos, cuáles sino una rastrera simulación de competencia y el saber difamar á quienes mejor preparados, pudieran arrancarle su máscara y su pan?...

VILANA.—Esto es demasiado (*Llama*). (*A doña Laura*). Llamo á su sirviente, señora, para que ponga en la calle á quien la insulta al insultar á sus amigos.

MARIO (*á Vilana*).—¿Se cree usted ya con derechos de dueño y señor en esta casa por sus pretensiones á casarse con Pura?... Pues sépase usted que si ella lo acepta, será como una última tabla de salvación en el naufragio de su vida. En el fondo de su alma, diga lo que diga, ella le desprecia. Sabe perfectamente que usted es capaz de todas las villanías.

VILANA.—Usted me dará cuenta de sus insultos...

MARIO.—¿Qué?... ¿Otra vez la ridícula comedia de un duelo?... ¡No, señor mío! Esta vez seré yo quien se rehusa á batirse... ¿Sabe usted por qué? Porque lo considero á usted indigno. ¡Y sepa usted también que este es un motivo sincero y no como fué el suyo, un pretexto cobarde!

(*Atraídos por las voces de la disputa han entrado sucesivamente, por la izquierda, Téllez, Silvia, Diego, miss Dolly.*—

Télez se coloca junto á Mario, y Diego entre Ferrando y Vilana. Miss Dolly ha quedado ante la puerta, sin atreverse á adelantar).

ESCENA XVI

DICHOS, TELLEZ, SILVIA, DIEGO Y MISS DOLLY

TELLEZ.—¡Mario!

DIEGO (*casi al mismo tiempo*).—¡Blasco!

DOÑA LAURA (*á Mario, próxima á desfallecer*).—Retírese usted!... ¡Retírese usted!...

PURA.—Yo me voy con él.

DIEGO.—Yo te acompañaré, Pura.

PURA (*como sin saber lo que dice*).—¡No, me voy con él, sola con él!...

SILVIA.—¡Pura!... Piensa en nosotros, piensa en mí... (*Un silencio*).

MARIO (*á Vilana y Ferrando, bajando la voz*).—Ya lo ven ustedes. ¿No les anuncié yo que todo plazo se cumple y que la vida tiene sus ironías? Sin que la busque, me ha llegado la hora de la venganza. Y mi venganza es más grande que un bofetón ó una estocada. Es el desprecio. No necesito la sangre de ustedes, ¡me basta la vergüenza!

VILANA (*á Pura*).—¿Será usted todavía capaz de seguirlo, Pura?

PURA.—Sí.

MARIO (*á Vilana*).—Y ésta es la mejor de mis victorias.

DOÑA LAURA.—Si te vas con él no vuelves á mi casa... Te separas para siempre de tu familia y de tus amigos... No te queda más solución que la calle y la deshonra...

MARIO.—Disculpe usted, señora... Otra solución le queda... (*Á Pura, vibrante de emoción*). Pura, tú eres libre y yo te ofrezco mi nombre y mi vida. ¿Quieres dejar este mundo de vanidades y mentiras y vivir conmigo un mundo de trabajo y de verdad?...

(*Pura se cubre la cara con ambas manos. Reclina la frente sobre el pecho de Mario y estalla en sollozos de pasión y de júbilo*).

DIEGO.—Tiene razón Mario. Aquí está su triunfo y su venganza...

MARIO.—El mejor triunfo de la vida de un hombre es encontrar la mujer que lo comprenda.

(*Mario y Pura salen por la derecha.—Telón*).

LA GÓNDOLA DE MARIA ANTONIETA

El museo Marino
Del Louvre, abre camino
Al Ensueño que parte peregrino.

La rigidez inerte
De la materia fuerte
Exhala en el mutismo doble muerte.

No cruzan las gaviotas
Ni dan agudas notas
Sobre el bauprés de las silentes fotas.

A los rudos alciones
Substituyen gorriones
En las urnas con sol de los balcones.

Reemplaza los olajes
Y los vastos mirajes
La opresión de los muros sin paisajes.

Oh! el dolor sin lamento,
Oh! el épico tormento,
De la inacción mientras resopla el viento!

Evocan los navíos,
Brillantes y sombríos,
Firmamentos, oceanos, puertos, ríos.

Cruzan naves cargadas,
De riquezas soñadas,
Realidades de cuentos de las hadas.

Surgen naves de guerra
Que dieron á la tierra
El ígneo espanto que la nube encierra;

Y con gloria y pesares
Lepantos, Trafalgares,
Al torbellino de los hondos mares.

Orzan rudas fragatas
De velas escarlatas
Cual sangrienta visión de sus piratas.

Van rítmicas cual odas
A principescas bodas,
Piraguas coronadas de pagodas;

Ante áureos hipocampos
Que entre los remos blancos
Fueron en Grecia de galera bancos.

Viran las carabelas
Que empujaron las velas
A completar el mundo con sus telas.

Llegan caiques, coro
Que perturbó el tesoro
De Stambul vista sobre el Cuerno de Oro.

Pasa el navio chino
De las Flores, que fino
Lleva el Amor en seno alabastrino.

Las cufas de Basora
De palmera sonora,
Son aves que al girar buscan la aurora:

Auroras orientales
En ríos de cristales
Cadentes de las cunas siderales.

La verdad, la leyenda,
Sobre las flotas, tienda
Construyen, cantan y el Amor su venda

Se quita entre marinos
Acres soplos, salinos,
Y el combo hinchar de los flotantes linos:

Porque gentil y altiva
La góndola, cautiva
Con el espectro de la Reina viva.

El fulgurante lago
De Versailles aciago,
Tiende sus aguas en imperio vago

De realidad que es sueño,
Y la mente beleño
Aspira en el esquite del ensueño.

Su bauprés es sirena
Dorada, con cadena
De delfines; la popa cantilena

Escucha de Cupidos,
Que brindan conmovidos
A la deidad sus pámpanos floridos.

Pasa errante la brisa
Llevando la sonrisa
De Fronsac amador de Cidalisa.

El soplo de fragancia
Toca con elegancia
Las armas esculpidas de su Francia.

Tiene frescor de fresa;
¡Ah! cómo suave besa
Sobre el fondo de pálida turquesa

La corona, el argento
De las lises, y el cruento
Dragón que mata San Miguel contento

La sirena silente
Lleva en seno turgente
El áureo signo de Escorpión ardiente;

Y alzándose sobre ella
Luminosa descuella
La Reina mártir, en la dicha bella.

En el rápido viaje
Su vaporoso traje
Es el alma risueña del paisaje.

La fugitiva estela
Del barco se constela;
Tender el arco de Cupido anhela.

La Gran Cruz de Versalles
Se alarga y finge calles
De perspectivas á los griegos valles;

A las islas lejanas,
Adonde van lozanas
Las risueñas festivas caravanas;

Y vibra vaporosa
Amante, azul y rosa,
La visión de Watteau maravillosa.

¡Cantad á Citera,
Su ritmo centellea
Y el mundo alado de las danzas crea!

La góndola entre flores
Convoca los Amores
Y es sonrisa de sol hecha colores.

Dominós de alegría
Le dan algarabía;
Su dicha acrece el esplendor del día.

Suenan los arlequines
Cual Anfión, sus violines
Y brincan encantados los delfines.

Sin ser de noche, trina
Filomela divina,
Al contemplar la Reina en Colombina.

A su lado fulgura,
Mortaja de blancura,
Pierrot, espectro de belleza pura;

Modulador de un canto
Donde se anuncia el llanto
Velo glorioso de inmortal quebranto.

Oh! góndola vestida
Por la mente encendida
Símbolo augusto de la humana vida;

Tras de llevar vibrante
El poder fulgurante
De una Francia exquisita y arrogante;

Y derramar con gozo
Gracia, pensar radioso:
¿No fuiste sombra y colosal sollozo?

Ah! si en cierta quimera
En Versalles, ligera
Del iago vuelves á tocar la esfera;

No darán los boscajes
De los antiguos viajes
Abates, damas, caballeros, pajes;

Pero la honda tristeza
De tu frágil belleza,
Y la heroica visión de tu grandeza;

Se equipará en la gira,
Mientras Amor suspira.
Con los ensueños que tu reina inspira!

ANGEL DE ESTRADA (hijo)

Paris

SOBRE EL AMOR

Fragmentos del libro en prensa «Al margen de la Ciencia»

I

Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. Amar es temer. El amador teme á su amada como el albino teme á la luz; el amor ciega como el albinismo. La teme por sí y por ella. Teme ser inferior al concepto en que desearía ser tenido, no responder al juicio en que se le estima, romper el propio ensueño con una palabra imprtuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión unánime es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En el espíritu ebrio de emociones la persona amada parece el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaaría un visible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto ininterrumpido. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oírlo hablar temiendo que el esfuerzo de las palabras eumudezea sus labios.

El que ama llora á solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con otras cien mujeres, se espantan cierto día frente á una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiem-

bla ante esa mujer? Es paradójal, pero lógico. El hombre que sabe engañar á mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar á la única que ama. Cuando se atreve—si alguna vez lo ensaya—se limita á ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente á las plantas de doña Inés anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualquiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan ó de Manon.

II

El enamorado tiene la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por su cerebro se asocian con otras que se refieren á la persona amada. Si ve un hermoso jardín, sueña un idilio pastoral; si oye un rumor de alas entre las ramas, supone que los pájaros se aman y desearía aletear como ellos; si un manjar sabe á miel, cree tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si toca un terciopelo, recuerda la mano cuyo contacto frisa sus nervios con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que de ella emana. Si ve el mar de índigo ó de ultramarino, reconstruye un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, cree descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, supone que en traje agreste de ninfa va á salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja un beso, toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia. El cerebro del amante es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como á Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado á frascar sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas sueñan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

III

Las variedades del amor son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior á todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél

paga con su vida el precio de un amor absoluto, ó ve triunfante un rival, ó siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Zola y de Wagner, de Barrés y de D'Annunzio. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el color de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un rayo único de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

IV

Así como ciertas enfermedades suelen beneficiar á los pacientes—la tuberculosis embellece á Margarita Gauthier, la histeria ilumina á Santa Teresa, la locura inspira á Hamlet—el amor favorece á algunos enamorados. Este privilegio corresponde á los artistas; y es justo, por ser ellos los más sensibles á la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wagner no amaba al escribir “Tristán é Isolda”, Petrarca al rimar los sonetos á Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloc. Leonardo al pintar la sonrisa sin par de la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una divina catástrofe.

V

Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas; sólo una ó dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno ó dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de ciclón.

VI

Amar á la mujer es servirla, someterse á sus más inestables anhelos, esclavizarse á su intención. Las mujeres dignas de ser amadas merecen del hombre el holocausto absoluto de la rendición incondicional, porque amar es el sacerdocio de un rito cuyo ídolo es la persona amada. Las hetairas que se entregan sin conquista no merecen el amor, porque no ins-

piran respetuosa devoción. Amamos para dar felicidad más que para recibirla; el amador solo necesita la dicha subjetiva de complacer á quien ama. La juventud, la belleza, la gracia y el talento, sumados en un cuerpo lozano, esperan y necesitan el homenaje de servidores fieles; la beatitud de amar es por sí sola un bálsamo á todos los dolores, una compensación á todas las inquietudes, un aceite á todas las energías, una sonrisa á todas las esperanzas.

VII

La distancia agiganta las pasiones intensas, borrando en la memoria los lunares y los defectos para poner en relieve las cualidades y las virtudes. El que de cerca ama, de lejos idolatra; el que puede olvidar no ha amado nunca. Si la mala fortuna es el reactivo de la amistad verdadera, la ausencia es el árbitro más seguro del amor.

VIII

El matrimonio puede ser su antídoto más eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo. Arnando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que el amor sólo llega á sobrevivir un par de años en el consorcio; se refería, naturalmente, á los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio; ¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia la amistad completa no siempre sobreviene con tanta prisa como el amor huye. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía conyugal, la infelicidad irremediable. Es decir, ordinariamente irremediable; pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces apaece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan á ella. Sólo es difícil la primera culpa.

IX

En Italia, país de las pasiones más vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en

las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensario, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podría no estar en el corazón de Romeo?

El vió en la sonrisa de Julieta un amanecer y en su primera palabra oyó una melopeya; desde ese minuto la amó locamente como todo el que sabe amar. El amor es una enfermedad así: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fué el prefacio de otras mil; hubo caricias como aleteos de mariposas que hacen estremecer una corola, frases musicales como versos de Samain, suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de alternativas que conoce quien ha amado alguna vez.

Pasaba innumerables noches al pié del balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces sobre los fríos mármoles de la calle solitaria. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó á sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando á Julieta. Esta abrió una noche su ventana y lo divisó.

—¡Ojos que seréis la clara luz de los míos, mientras plazca al cielo! ¡Boca que besaría mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! Seno delicioso, refugio de mis caricias, estuche único de mi adoración y mi ternura! ¡Cómo vivir sin vosotros! Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos expirar en este sitio, junto á vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si pluguiera al cielo y á vos!

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuemente en ellos, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio desleía un reflejo escarlata en torno de ambos: su amor sentía ese halo triste, como el obstáculo de una maraña imprecisa. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia. Cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso. Quien lo haya dado sabe que la primera vez el amor tiembla tímidamente sobre los labios, como la mañana primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos—prolongado, insistente, interminable—tiene sabor á miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania á Isolda y á Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon con frenesí muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios reci-

procos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce las sombras trágicas de los sublimes anantes parecen despertar, inconscientes, eternas, pasearse por las calles de Verona y llegar hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las horas felices. Y la casa de Julieta, en las noches de luna, diríase el templo de un culto imaginario; y sale de sus ventanas un perfume hierático, extraño, como si fieles esclavas de Bitinia ó de Frigia agitaran incensarios de amor; y se oyen palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos.

JOSE INOENIEROS.

VERSOS DE ESTE OTOÑO

EL ELOGIO DE LOS NIÑOS

Canto el brote,
Canto el capullo,
Canto el labio breve y groseruelo
Y la sonrisa tierna sobre el labio menudo.

Venid á mí lirios de la vida,
Lirios blancos,
Lirios frágiles,
Lirios llenos de aroma santo.

Gracias demos á la Vida,
Señora Vida, gracias, gracias,
Porque nuestro camino es dulce
Nuestro camino constelado de cabecitas castas.

¿Quién está en mi árbol?
¿Quién está en mi árbol con sonrisa de olor
Criaturitas tembladoras como corolas,
Reid y llorad en mi árbol en flor.

Preparémonos para la victoria;
Venceremos á los buitres del Mal:
Tendrán los niños senda pacífica
Para descender á nuestra aldea sentimental.

La casa estaba vacía
Y las alcobas estaban oscuras.
He aquí que han venido los niños
Y la casa se ha llenado de lunas.

Nuestro corazón estaba oscuro con su sangre,
Como una coraza de ébano,
He aquí que los niños nos miran
Y el ébano se torna campana y campanero.

También eran oscuras nuestras pupilas
 No veían á la paloma ni al cordero,
 Nos reposamos una tarde en una frente infantil
 Y á la paloma y al cordero vieron.

Vieron el racimo en la viña,
 Vieron la nave y la vela,
 Vieron la puerta y la ventana
 Y vieron el lino en la mano de la abuela.

Mirar á los niños aclara los ojos,
 Aclara la sangre en el corazón,
 Endulza la piel de la mano
 Y endulza el hilo de la sensación.

Escuchad hombres y mujeres:
 Hombres y mujeres hacéos ricos
 En los niños encontré mi diamante
 Diamante de fortaleza y seda de suspiro.

Y si me escuchárais aún os diría:
 Hombres y mujeres, suaves estad,
 Suaves como los niños y los nidos.
 Ved la gracia de nuestra hermana la Suavidad.

Ved la gracia, hombres y mujeres.
 No déis prisa al pie que tiembla,
 Abierta está la cabaña de la felicidad.
 Abierta está la puerta.

¡Cómo sonríe el Sol en los niños!
 ¡Cómo sonríe el Sol! ¡Cómo sonríe el Sol!
 Abrid los brazos tibios
 A los ungidos del celeste calor.

En vano ponéis las manos sobre los ojos,
 En vano, que para la santidad infantil
 Cristal es la carne de la mano
 Y la carne de los ojos rocío de Abril.

Así os penetrará la santidad infantil:
 Como agijón en la miel.
 No la sentiréis en el desierto,
 En el desierto murió el cordero y el laurel.

Murió también la mariposa,
 La blanca, la azul y la de siete colores,
 Hombres ceñudos id al desierto,
 Id al desierto porque os llamamos pecadores.

Quien en la casa nueva la mano
Y no la mezcle en una temprana cabellera,
¿Qué alegría tendrá para abrir el surco?
¿Qué alegría para rendir á la fiera?

Como el vino nuevo da buen olor
Y dulce humor el pan puesto al fuego,
Los niños dan paz y serenidad,
Paz y serenidad para hacernos pacíficos y serenos.

Sin temor vemos caer el Sol:
En paz y serenidad y alegría estamos:
Sin temor vemos llegar la nube:
De paz y serenidad nos acompañamos.

He alzado las manos á las estrellas,
A las estrellas he alzado las manos
Por los niños muertos he alzado las manos
A las estrellas donde alumbran sus almas.

Nuestro pan más blanco sea para los niños,
Para los niños la pluma más blanda,
Y el mejor escabel cerca del fuego
Y el ánfora mejor labrada.

Las vírgenes iluminan los ojos infantiles.
Por eso tienen ceguera de nuestras cosas.
Como palomas ciegas son sus manos,
Como palomas, como palomas...

Las badas les bajan los párpados.
¿Quién puso una flor sobre la almohada?
Sobre la nieve del campo ha caído una rosa.
Rosa rosada...

Estábamos en la alcoba tibia
Y los niños en el jardín jugaban
En el jardín jugaban y vimos
Que todos los niños tenían alas.

Entonces bajamos al jardín
Para jugar con los niños milagrosos...
¿Cómo florecían los ciruelos!
¿Cómo se alegraban nuestros ojos!

Los niños eran tan buenos
Que casi no eran humanos,
Con los niños jugamos y por un instante
Casi no fuimos humanos.

Al claro de luna vinieron los Reyes;
Trajeron en venados flores y telas.
A nuestros niños ¿qué les dieron?
A nuestros niños les dieron palomas de Galilea.

Y cuando la aurora de los dedos de rosa
Trajo al día luminoso y bendito
Los niños se juntaron á las palomas
Y no sabemos cuáles son las palomas, cuáles los niños.

¡Cuán cerca está de los labios el tierno corazón!
Cerca como la entraña y el ombligo;
Los labios quieren hablar y resucitan
El día primero de nuestro balbucear latino.

Ved como se abren sus grandes ojos nobles:
Como dos yemas de cielo sobre una toca de monja
Si azules son, y si negros son,
Como dos lágrimas de la noche en la nuca de la aurora.

La madre descubre sus senos...
Ved la turbación del girasol:
A los dos soles tibios seguir no puede...
¡Oh, santa hermosura! ¡Seno de turbación!

De emoción se tiñen los labios menudos
Y arrimados á la diáfana piel materna
Nadie sabe si gustan de un cariño eterno
O de una savia de estrella.

Hugo

Que en el arte de ser abuelo fuiste gran artesano,
¡Quien tuviera la sonrisa que nacía en tus labios
Cuando los pájaros de tu casa te besaban las manos!

Tu sonrisa quien la tuviera
Hugo, torre de bondad,
Quien la tuviera para la mañana y para la tarde,
Para Pascua y para Navidad.

He cantado el brote
Y la sonrisa tierna sobre el labio menudo...
La noche quiere llegar y el Sol detiene
La cuadriga heroica en el círculo oscuro.

HOMBRE DE LA PLAZA

A través de los días y los meses
 Me vuelve muchas veces
 La olímpica, délfica traza
 Del hombre que hablaba en la plaza.

Y el redondeado gesto
 Que magnificaba el denuesto
 Contra las instituciones
 Y el río suelto de las pasiones...

Y recuerdo también el puñado
 De gente dominguera que lo oía
 Con un poco de atonía,

Bajo el gran gesto reposado
 Coronado de sol-oro fino
 Vespertino.

EPISTOLA

Damita que amabas antes
 A los troveros guedejados
 Que á busca van de consonantes
 Entre las sedas y magnolias
 Entre suspiros y velludos
 Y luz de luna en languifolias:

Y que de buena fé creías
 En la romántica quejumbre
 Y en las supermelancolías
 Y en las plasticidades helénidas
 Y en las invocaciones á la cumbre
 De los murientes melesigénidas.

Damita, entonces era
 Tu alma paloma suave
 De una fría primavera
 Y pálida te encerrabas
 En tu alcoba y en un grave
 Ensueño la tarde estabas.

Y como no habias llegado
 A edad de tener ironía
 Te enternecias al rimado
 De una desesperanza ilusa
 Y á la malabaría
 De *pay de mí, y cuenta, musa!*

Y pienso que llegaste á creer
 Que los bardos de gestos bellos
 Y barba á medio florecer
 Y ojeras amorfinadas
 E hiperbólicos cabellos,
 Eran de *crías* más sagradas.

¡Oh, dama, oh, dama, oh, dama!
 Ahora que eres madrecita
 Y tu sonrisa se derrama
 Sobre sonrisa menudita.
 Dama con ojos de lluvia fina
 Y voz de gajo de mandolina,

Ahora que no tienes muñecas
 Ni secretos con las amigas,
 Ni libros nuevos, ni jaquecas
 Y haces compota y te fatigas,
 Dama, damita, linda como
 Nardos y cuellos de palomo;

Ahora que en tu hogar eres una
 Lámpara de luz tranquila
 Y ya no enciendes ninguna
 Velocidad loca en tu pupila,
 Dama, damita, de paso tan blando
 Como un vellón blanco que está suspirando:

Te ruego amigablemente
 En este verso un poco triste
 Que apagues el inconsciente
 Ensueño que antaño tuviste,
 Dama, damita, la del corazón
 Como una canción, como una canción.

Y veles porque tu retoño
 Se entregue á cosa mejor
 Que contemplar el otoño
 Y luego ser rimador,
 Dama que te vuelves un sí no es sería
 Y con un poquito de pena y de histeria.

Porque esta tarea inútil
 De hacer verso dama mía
 Es como la lluvia fútil
 Sobre una cristalería. . . .
 Dama, damita, el mejor rimado
 No valiera cuanto pasar por tu lado.

Vela de tu hijo la planta,
 Apártale del mal camino:
 ¡No sea cítara santa
 Ni pájaro divino!...
 ¡Dama, vuelve tus ojos á mi vida
 Que por darse á versos ha sido perdida!

AL PORVENIR

Ni he sido presa vil de las pasiones
 Ni me ha herido el amor sañudamente,
 Liaga no fui de ajenas compasiones
 Y no fui de mis males voz doliente.

Sembré con mano pródiga ilusiones,
 — Toda tierra es benigna á esta simiente,—
 Y en las cuatro estaciones
 Mi corazón está suave y sonriente.

Amo la dulce vida como á una
 Mujer cuya sonrisa es la fortuna
 Más brillante que el oro y el zafir,

Y trabajo y perdono y sueño y hablo
 Y mi alma tranquila es cual venablo
 De azucenas lanzado al porvenir.

HACEN SENAS

Cuando vuelvo el alma al pasado
 Y llamo á todos los que he amado
 Y á los que vivieron á mi lado
 Y la Intrusa los ha llevado,

Cuando evoco el cariño ido
 El ultraje padecido
 El sentimiento incomprendido
 Y el mal que me ha entristecido,

Pienso que he vivido mucho
 Y que pronto han de llamarme
 Todos los que me dejaron.

Cuanto más amo y más lueho,
 ¡Más quisiera ir á juntarme
 Con los que me abandonaron!...

NOSOTROS

Dad paso á nosotros los avergonzados,
 Nosotros los tímidos, nosotros los suaves,
 Nosotros los callados,
 Nosotros las alas de todas las aves.

Nosotros los que amamos silenciosamente
 Los que miramos mucho y nos dolemos más,
 Los que sentimos por el que no siente
 Y somos los humildes, los que vamos detrás...

Boca de los suspiros,
 Lámpara de bondad.
 Cuálgulo de zafiros
 De dulzura y piedad,

Somos todo eso
 Y también la más blanca casa sentimental,
 Damos calladamente la abejuca del beco
 Y quien lo siente ignora que es de nuestro panal.

Nosotros los humildes que ora somos cantores,
 O monjes ó artesanos ó talvez vagabundos,
 Buscamos á las almas junto á los ruiseñores
 Porque somos profundos.

Nosotros los que somos simples de corazón
 Tememos á los hombres y les compadecemos
 Y ese temor nos viene de la desilusión,
 Y el compadecimiento de ilusión que aun tenemos.

Somos los prometidos esposos de las cosas...
 La dueña nos olvida pero la casa se abre,
 Amemos á la casa, la puerta, las baldosas,
 La fuente y la campánula que en el patio entreabre.

Nosotros los lejanos, todo virtualidad,
 Con un fleco de aromas amansamos el alma.
 Olor y luz es toda nuestra sensualidad:
 Nuestras naves son naves para la mar en calma.

Nosotros los no vistos, los imperceptibles,
 Que desde nuestra celda removemos el ponto,
 En esta dulce vida somos los imposibles
 Y moriremos pronto.

LA CIENCIA Y EL ARTE

Nada existe aislado en la naturaleza: mantenido por infinito número de hilos, todo se halla sostenido y sostiene á su vez el infinito número de cosas con que se encuentra en relación. Rota una sola ligadura se produce una catástrofe, esto es una serie de movimientos y oscilaciones que miran á mantener el equilibrio roto, hasta que la fuerza creadora tiende un nuevo brazo que permite continuar los procesos vitales de conservación y evolución. La naturaleza es indivisa, y el espíritu, una de sus partes, conserva los caracteres del todo. Clasificaciones arbitrarias se han hecho y se harán para separar funciones que tienen un carácter distinto de las demás, pero que, como las olas del mar que se levantan y bajan produciendo burbujas en las crestas que se pierden luego en el líquido homogéneo, sin poderse distinguir las moléculas que formaban esas interminables y sucesivas cascadas de perlas, así también el espíritu ondula, efervesce, decae, se unifica y siempre es el mismo bajo distintos aspectos. ¿Cómo es posible pues, que una producción del espíritu sea característicamente opuesta á las demás? Salen de un mismo *todo*, y si bien unas han vivido en las profundidades incoloras y tranquilas del mar del pensamiento, otras en las olas que se mueven blandas ó furiosas y otras finalmente, son burbujas cristalinas que juegan y chocan entre sí, una misma materia las forma, la inteligencia; una misma fuerza las une, el sentimiento, y un mismo movimiento las arroja ó mantiene en el secreto: la voluntad.

Pretender, pues, hacer del cerebro un casillero; de la producción intelectual, un catálogo; y de las fuentes de inspiración un archivo, es empresa vana y ridícula.

El poeta y el hombre de ciencia, son inversamente hombre de ciencia y poeta. En la poesía hay ciencia y en la ciencia, poesía. En la música hay ciencia y en la ciencia hay ritmos y armonías. ¿En dónde empieza la línea que divide ambas producciones? ¿En qué versos, en que líneas, la Divina Comedia, es ciencia y no arte y en cuáles otros es arte puro sin mezcla de ciencia? ¿No hay por acaso, ciencia en el conocimiento gra-

matical de la lengua que el poeta usa? ¿No hay ciencia en el descubrimiento de las afinidades que ligan entre sí, las letras, las sílabas y palabras? ¿No hay ciencia en observar la verdad del mundo externo aunque se refleje con mente de poeta?

Pero, no es sólo la pseudo-ciencia la que señala huellas en el arte. La ciencia madura, dogmatizada y rigurosamente formulada se entreteteje con todas las facetas del pensamiento.

Ahora bien, ¿quién domina á quién? El arte dirige á la ciencia ó la ciencia dirige á la primera?

1°. El arte no está subordinado á la ciencia, pero la dependencia es estrecha.

2°. La dependencia es de dos órdenes: material é intelectual; material, puesto que el arte necesita para exteriorizarse de la materia prima, cuya utilización y facilidad de aplicación depende de los descubrimientos de orden científico y de los adelantos de la técnica; intelectual porque la mente que posee más ventanas abiertas sobre el mundo externo é interno, vé mayor número de bellezas, aumentando éstas en relación directa á los adelantos científicos. Ahora bien, esta influencia intelectual puede ser directa é indirecta.

La influencia directa se manifiesta por la preponderancia del razonamiento, del juicio, del análisis y síntesis, dominado todo por una tendencia netamente científica. La indirecta se refleja por las mismas funciones intelectuales, pero sin la tendencia científica. La primera es consciente, querida por el artista y dá generalmente un pésimo resultado. La segunda es inconsciente, se mezcla con todos los factores que constituyen el medio ambiente del artista y constituye una fuerza creadora.

Estas dos influencias, directa é indirecta, *consciente é inconsciente* se mezclan casi siempre y lo que caracteriza la obra, es la mayor ó menor cantidad de una sobre otra.

El reflejo inconsciente, es inútil ilustrarlo; es tan evidente que se impone á la razón. La obra de arte no ha representado las cosas sino en el estado en que la ciencia se las entrega. Y salvo los casos de adivinación profética común en los poetas, el arte ha caminado al paso de la ciencia.

Basta recorrer la riquísima colección de primitivos alemanes, italianos, franceses de las galerías del Louvre, del Zwinger de Dresden, de la "Altere Pinakotek de München, de la Galería degli Ofizzi de Florencia para reconocer que la inspiración en el camino de la verdad, no adelanta nunca la investigación científica.

La teología, la astronomía, la anatomía, la física, etc., según se reflejan en esos cuadros apenas merecen el nombre de ciencias—y la inspiración se ve sofocada, empuñecida, comprimida en la red convencional, fabricada por el hombre para explicar la organización del mundo físico y moral á su gusto ó interés. Es el arte oprimido por la ignorancia que bate sus alas

de cuando en cuando para remontarse, pero cuyos esfuerzos son vanos hasta que la libre investigación y explicación del mundo le abre los dominios de la verdad.

Y con la renovación de la ciencia en el Renacimiento, empieza el arte, libre de trabas, á ser grande, fecundo; á interpretar luminosamente las verdades eternas, las relaciones inquebrantables y las maravillas de la naturaleza al fin revelada.

Pero, como el velo que cubre todos esos misterios se corre antes que la técnica de las artes estuviera en el caso de poderlos interpretar, la inspiración está casi siempre en desacuerdo con la representación; la idea brilla luminosa é intensa y hace fuerzas para quebrar los moldes que la encierran, pugna por hallar los medios que la habiliten para ponerse en íntimo contacto con la belleza y estos medios tiene que tomarlos de la ciencia que se los brinda generosa. El arte de los Cranach Goujon, Metsys, van Outvater, Meemling, Van Eyck, Crivelli, Lippi etc., reflejan el primer estado de la lucha entre el arte y la verdad revelada, entre la inspiración y la ciencia. Con Holbein Dürer, Veronese, Tintoretto, Tiziano, Correggio, Rafael, Miguel Angel, Vinci, tenemos el segundo momento en que la ciencia, cual poderoso reflector, al servicio del artista, ilumina las sombras, avanza los objetos y recula los horizontes; quiebra la bóveda de los cielos, y las estrellas y el sol radiante dejan bajo su luz de desempeñar el principal papel, desapareciendo casi por completo de las telas de los maestros.

Al lado de estas dos acciones, directa é indirecta, existen otras dos que llamaré positiva y negativa.

Positivamente influye, creando nuevos aspectos, nuevas orientaciones ó tendencias, cuyo ejemplo más notable es el realismo y aún más, el realismo naturalista de la época moderna.

Y negativamente influye haciendo desaparecer géneros ó maneras. Un ejemplo evidente nos dá de la Sizeranne en "Le miroir de la vie" al demostrar el porqué de la desaparición del género llamado de batallas. Los medios de guerra modernos son antiestéticos, opacos, incoloros; el ruido tiende á desaparecer; la pólvora sin humo suprime la niebla poética que envolvía á los combatientes en las guerras de ayer. Los proyectiles, que provocan la rigidez cadavérica instantánea ha suprimido las bellas muertes, las hermosas agonías de los antiguos y ya no es dable representar el "gladiador muriendo" que enriquece las salas del Louvre.

Masas monstruosas, horribles, se mueven solas como por encantamiento guarecidas tras de enormes murallas, vestidos los soldados con horripilantes trajes; hasta el acero brillante ha desaparecido para dejar lugar al bruñido opaco que se desvanece en la lejanía. Todo esto es feo, es informe, no es

artístico y la inspiración ya nada tiene que hacer en los campamentos.

Los caracteres del arte moderno son distintos de los del arte antiguo, casi diría que se oponen. A la idea simple, unitaria, que simboliza el arte clásico, se opone la multiformidad del moderno. Uno, es el arte sencillo y despreocupado de la infancia, que persigue y acaricia una sola idea, un sólo capricho aun no satisfecho, otro es el arte de la madurez, que sollicitado por un sinnúmero de vías, de deseos é ideas, queda siempre descontento una vez la obra acabada. Es siempre en el segundo, el trabajo sin terminarse que pudo perfeccionarse, al que algo faltó para ser mejor.

Impenetrable, confundiendo en Dios, creyeron el alma humana los antiguos y se abstuvieron de interpretarla; impenetrable también la cree el positivismo moderno, pero, empujado por el espíritu de observación y análisis que domina el siglo, el filósofo, el hombre de ciencia pura la desmenuzan, esendriñan y disecan, y el artista envuelto en la corriente general hace obra de filósofo y de hombre de ciencia.

El musgo, la piedra, el grano de arena, el agua, han empezado á vivir bajo el microscopio y ante los agentes químicos. La vida, para el biólogo moderno, como chispa eléctrica ha penetrado en todos los rincones del universo y ante esa nueva conquista de la ciencia, el arte no ha quedado indiferente. Ha querido ver la vida en el paisaje, en la montaña, en el mar y en la caverna. Pero no se ha contentado con darles la vida que el biólogo le aseguran que tienen; junto con la vida les ha dado sentimientos, odios, pasiones, ideas y hasta voluntad. Y toda la escuela impresionista se desarrolla en este ambiente antropomorfista.

El artista clásico ha glorificado á la naturaleza impulsado por el miedo; el moderno lo hace admirado de su grandiosidad; la ama, la comprende, entra en íntimo coloquio con ella; no la teme; sabe que si es á veces mala, no lo es por venganza—y hasta en sus maldades la admira.

Ahora bien, no se ama más que aquello que se conoce, que no se teme. ¿Y quién, sino la ciencia le ha abierto al artista el pasaje á la comprensión consciente y sabia de la naturaleza?

Y el amor que hacia las cosas despertan la física, la química, la geología, etc., lo despierta hacia los animales la moral del positivismo y antes que esta el culto por la naturaleza de Buffon y luego Rousseau. La psicología moderna levanta aun más el pedestal en que la simpatía los había colocado y el arte inglés moderno sobre todo es insuperable en el arte de darles alma y con ellas sentimientos é ideas, sin necesidad de recordar animalistas que como Rosa Bonheur han descollado á tal altura que no es menester recordarlos, pues acuden solos á la mente cuando se trata de citar ejemplo del género que nos ocupa.

Si todas las afirmaciones que hasta ahora he formulado á favor de la influencia de la ciencia sobre el arte pueden ser contradichas con mayor ó menor éxito, poniéndose en un punto de vista opuesto, creo que toda contradicción es imposible en el siglo XIX, cuya característica es indudablemente el "espíritu científico".

En todas las artes se manifiesta su influencia, por medio, sobre todo, de una tendencia que á veces se exagera de encontrar y fijar la *verdad*.

El impresionismo en pintura, el wagnerismo en música, las escuelas de Rodin y Meunier en escultura y el realismo en literatura son sus más salientes formas.

El pintor desmenuza los colores del espectro en su paleta, estudia sus influencias sobre la retina—desmenuza las atmósferas del mediodía y del norte y llega á fusiones finales, al dominio de un color que la ciencia le ha revelado es el compañero inseparable de tal ó cual estado sentimental ó intelectual. Descubre armonías de vibraciones entre el sonido y el color y trata de componer sonatas beethovenianas ú óperas wagnerianas. Y encuentra en el sonido el color y en el color el sonido.

El wagnerismo con la revolución que ha operado en la música sólo ha sido posible á raíz de un desarrollo decisivo de la acústica. Y la obra escultórica de Rodin y Meunier es obra de filósofo, de psicólogo y la del segundo es sobre todo la de un socialista ardiente y entusiasta, que estudia y analiza las miserias y angustias del trabajo con la maestría de un Marx ó de un Bernstein.

El espíritu científico en literatura es tan poderoso que se sobrepone á todas las divergencias de escuelas y es el lazo que las caracteriza produciendo el siglo.

En "Mme. Bovary", obra que exclusivamente tiende á la belleza, hay el deseo evidente de alcanzar "la magestad de la ley y la precisión de la ciencia", lo que se evidencia por el espíritu que la anima, por el deseo de alcanzar la verdad, y por el método empleado. Flaubert en su correspondencia (II serie 1850-54) escribe "La literatura tomará cada vez más los caracteres de la ciencia; será sobre todo *exponente*, lo que no quiere decir didáctica; hay que hacer cuadros, mostrando la realidad tal cual es, pero cuadros completos, pintando ambos lados".

La tendencia de Flaubert, sin embargo, hay que recordar, no es perseguir un fin científico, sino por el contrario pide ayuda á la ciencia para llegar á un más alto grado de precisión, exactitud y verdad, á fin de alcanzar la realización de la belleza.

Los hospitales y laboratorios constituyen el medio ambiente en que se mueve la obra de los hermanos Goncourt, á

fin de hacer la historia moral de la sociedad que refleja el pesimismo resultante de las investigaciones del positivismo.

La "Introducción al estudio de la medicina experimental" de Claudio Bernard es el verdadero manifiesto de la "Novela experimental" de Zola, el cual declara que el novelista debe ser un observador y un experimentador. "El observador dá los hechos tal cual los ha observado, dá el punto de partida y establece el terreno sólido sobre el cual van á caminar los personajes y desarrollarse los fenómenos. Luego el experimentador aparece é inicia la experiencia, esto es, hace mover á los personajes en una historia particular para demostrar que la sucesión de los hechos será tal cual el determinismo de los hechos puestos en estudio lo exige". "Continuamos con nuestras observaciones y experiencias la obra del fisiólogo que á su vez continúa la del físico y del químico. Debemos operar sobre los caracteres, sobre las pasiones, sobre los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico operan sobre los cuerpos brutos, como el fisiólogo opera sobre los cuerpos vivos".

Estas citas no requieren comentarios y son la más evidente prueba del acercamiento cada vez más preciso de la ciencia y literatura y así lo entiende Zola en la misma obra, al decir: "La novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo.... sustituye al estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, el estudio del hombre natural sometido á las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio; es, en una palabra, la literatura que corresponde á nuestra época científica así como la literatura clásica y romántica han correspondido á una edad de escolástica y teología".

Rosny ha ensanchado los límites del cuadro en que se movía su maestro, y nuestra no sólo la relación del individuo con su medio, sino también la que le une con la humanidad, con el Cosmos entero. Tiene en la ciencia una fe absoluta, la adora como á una Religión y funda en ella la felicidad del porvenir.

Después de los grandes maestros, tenemos á los discípulos é imitadores que han querido seguir las huellas señaladas, aprovechando las tendencias del siglo en edificar obras en que el interés principal resulta de alguna anomalía ó perversión sexual.

Y sin detenernos en Verue y Flammarion que equivocan el fin por el medio, tenemos aun en la misma corriente á Bourget, Ohnet, Feuillet Maupassant, Gyp, Daudet, etc., que han sufrido más ó menos artísticamente la influencia de las corrientes científicas dominantes.

En poesía, á la inquietud vaga de los románticos ha sucedido una melancolía darwinista: la obra de Leconte de Lisle traduce este estado filosófico de los espíritus y es obra de erudito al mismo tiempo que de poeta.

A Sully-Prudhomme lo que más le conmueve son las antinomias á que llega la ciencia humana en sus últimos límites con los postulados de la voz interna. Una afirma la justicia, la otra la niega. Nuestro espíritu reclama la inmortalidad y la ciencia demuestra que la inmortalidad es sólo de la materia. Estas contradicciones lo llenan de duda, de vacilaciones; no quiere someterse á los dictámenes de la ciencia y reconoce sin embargo que llevan el sello de la evidencia.

La filosofía, cosmogonía, biología, historia y prehistoria son las ciencias que mayor contingente han prestado á los poetas; sin embargo, este contacto, salvo casos excepcionales, no ha sido feliz y sólo ha marcado un grado de degeneración en la inspiración poética.

Augier y Dumas en el teatro no han escapado á la tendencia general que se ha manifestado en este género por una verdadera preocupación de la verdad en la "mise en scene", caracteres, indumentaria, etc. Se han empeñado en dar al teatro "trozos de la vida", pero se llegó á cuidar tanto de la verdad fisiológica, que dándose al olvido la psicología se bastardeó la verdad científica que tan rigurosamente pretendían seguir.

En Becque ha influido el determinismo científico, casi diré mecánico, y sus personajes llegan á moverse en una forma automática y desempeñan simples funciones psico-fisiológicas.

En Pailleron, Ohnet, Sardou, Maupassant, hay numerosos sabios que desempeñan el principal papel, con menoscabo es cierto, aunque no hayan pretendido hacerlo de la dignidad de la ciencia.

La consecuencia de este consorcio íntimo de la ciencia con el arte tiene por resultado hacerlo cada vez más abstracto, más elevado, más difícil de entender, más sutil, y menos accesible á todas las inteligencias. El arte no se socializa, por el contrario, tiende á una aristocratización cada vez más evidente y creo que llegará un momento en que la influencia de la ciencia sobre él será tan fuerte y extensa que el arte será el privilegio de la aristocracia intelectual.

CLOTILDE GUILLEN.

VEN LIGERO Y OLVIDA...

Primavera! princesa de diez y seis abríles
¿Por qué hoy en tus labios las sonrisas sutiles
 Como antes no florecen?
¿Por qué están tus mejillas purpurinas tan pálidas,
Y tus ojos azules de miradas escuálidas
 Que han llorado parecen?

¿Qué tienes? Es que acaso la lágrima primera
Cayó al jardín de tu alma, que es una primavera.
 Marchitando una flor?

¿Qué tienes? Hoy están pensativos tus ojos
Talvez hayas sabido de los incendios rojos
 Voraces del amor.

Deja que el viento frio de las horas malditas
Desfloradas arranque tus frescas margaritas
 Y rosas de ilusión.
Tienes simiente joven: siembra para el futuro:
No importa que la nieve de invierno prematuro
 Caiga en tu corazón. .

Ven ligero y olvida tus dolores tempranos.
Revive tus sonrisas, que los llantos son vanos
 Y es preciso vivir;
Guardemos la alegría como la luz un astro,
Sigamos los consejos sabios de Zoroastro
 Y sepamos reir.

Sonríe ante el destino y vive con la risa.
Que ella sea el incienso de tu diaria misa
 Dulce y primavera.
Primavera! y dulce como tu alma ungida,
Y olvídate del mundo y de la triste vida
 Y del bien y del mal.

Ven ligero y olvida tus dolores tempranos.
Princesita romántica, juntemos nuestras manos,
 Quiero besar tu sien,
Quiero marchar contigo, romántica princesa,
Para escanciar nepentes en tu boca de fresa:
 Yo he llorado también.

NOTAS Y COMENTARIOS

El atentado contra "Salomé".

Conocida es la nota que un grupo de damas de nuestra alta sociedad, presentó el mes pasado á la empresa del teatro de la Opera, solicitando la no representación, por inmoral, de la *Salomé* de Ricardo Strauss, que, sin embargo, habían ya presenciado sin ruborizarse hipócritamente, los principales centros artísticos europeos.

Esta actitud de dichas damas no podría ser más censurable, tanto que, en verdad, extraña que no haya levantado un unánime grito de protesta, siquiera de parte de aquellos órganos de publicidad que pregonan de independientes y de cultos. Y esto lo decimos, porque, en el fondo, la mencionada nota no es otra cosa que una patente manifestación de la escasa cultura de nuestra sociedad.

Lo que en ninguna ciudad civilizada del orbe hubiera pasado sin una merecida rechifla, aquí se ha realizado tranquilamente, apenas con la oposición tibia de uno ó dos diarios, y con el apoyo tácito ó expreso de la mayoría.

Pero es que en Buenos Aires ya estamos curados de sustos.

Después del caso de la pobre *Iris*, que, por una desdichada ocurrencia de Miguel Cané, se vió puesta en el índice, le hemos dado el vergonzoso espectáculo á Eleonora Duse de prohibirle la representación de *La abadesa de Jouarre*, por no sabemos cuales necias inspiraciones clericales, y luego nos hemos visto en el trance de presenciar con las manos cruzadas la prédica idiota, llevada hasta desde el púlpito, contra los castos, los bellos desnudos que la Municipalidad creyó oportuno colocar en las plazas. Todos estos hechos son otras tantas pruebas inequívocas de nuestro colectivo achataamiento intelectual. Curados de sustos, pues.

Pero ¿hasta cuando durará este estado de cosas, esta absurda censura ejercida por la moral frailuna y los monjiles pudores de las viejas sobre todo espectáculo de arte?

No nos incumbe la defensa de *Salomé*: es una bella tragedia, digna del alto espíritu de Oscar Wilde y cuya música íbamos á juzgar—que no necesita que nadie rompa lanzas en favor de su moralidad. La belleza lleva en sí misma su propia defensa.

Además sobre este particular se ha escrito ya lo bastante. ¡Con decir que fué representada en Nápoles con permiso del Arzobispo!....

Tampoco hemos de indignarnos con la empresa de la Opera, que no ha persistido en su propósito de ponerla en escena, aunque fuera en función popular. Acaso haya convenido á sus intereses la pudibundez aldeana de sus abonadas.

Sólo no limitamos, pues, á consignar nuestra protesta por la ofensa inferida en nombre de una falsa moral contra el arte y contra la naturaleza de aquellos que nos sentimos ya lo bastante superiores y dueños de nuestros bajos instintos como para no temer que,—suprimida la hoja de parra—la visión de la belleza en toda su pura desnudez pueda inspirarnos lascivos deseos y hacernos incurrir en pecado.

La visita de Enrique Ferri.

Acaba de llegar á Buenos Aires este distinguido orador y hombre de ciencia que ya ha iniciado su serie de conferencias en nuestro teatro Odeón, contratado por uno de los más hábiles empresarios que actúa en esta plaza intelectual.

Esta llegada de Ferri, el *leader* de partido cuyos bellos gestos, derrotas ó triunfos, siempre ruidosos, nos ha transmitido el telégrafo día á día; el sociólogo de nota, el orador fogoso, el criminalista que ha abierto nuevos derroteros penales, nos obliga á darle la más calurosa bienvenida y á felicitarlos contemporáneamente de que Buenos Aires ya no sea sólo el bienquisto mercado de cueros y cereales de estas lejanas regiones—lejanas para Europa—de *South-America*, sino también la gran ciudad latina que despliega sus alas como para remontar el vuelo siempre más alto, y que es ya considerada por las más preclaras intelectualidades europeas, como merecedora de una visita. Pero... Completo sería nuestro regocijo si Ferri hubiera venido espontáneamente, llevado por un natural deseo de visitar este interesante rincón del mundo, y no contratado á semejanza de un artista, para una *tournee* que en este caso es de conferencias, pero á la que no falta, y es natural que no falte, la *réclame*. Y si, bien predispuestos, admitimos que las condiciones de nuestra sociedad actual que todo lo mercantiliza, hacen naturales estos viajes bien remunerados, no por ello dejan de ser menos simpáticos.

¡Cuánto más grata fué para nosotros aquella visita que años atrás nos hiciera De Amicis, con aquella su familiar bonhomía!....

Ferri hablará de muchas cosas en el Odeón. Sus conferencias versarán sobre lo más distanciados tópicos, así científicos, como literarios, históricos ó de mera información novedosa.

Eso también es de dudosa utilidad y de interés discutible. Nada dirá, en efecto, y sus primeras disertaciones lo demuestran, que ya no hayamos leído ó podamos leer en los libros más á mano, ó que, en el mejor de los casos, no haya dicho él en su vasta producción. Y para eso no necesitábamos—y menos el gran público que irá á escucharlo por esnobismo—que él viniera de Italia. En definitiva, más podría interesarnos oír de sus labios un discurso partidista en cualquier reunión obrera que una conferencia distinguida ante un auditorio en guante blanco.

Por creer, pues, con plena convicción, que no es otro el objeto que le trae sino ese meramente utilitario que enunciamos. allí estriba nuestra oposición á felicitarnos de este viaje, tanto más cuanto no habiendo otra cosa que conveniencia debajo de estas amables visitas de los intelectuales europeos, ellas como es natural, en vez de halagar deben herir nuestro amor propio de pueblo que aunque joven, tiene el justo orgullo de no abrir admirativamente la boca en todas las ocasiones.

“NOSOTROS” en Madrid.

Nuestro colaborador, el conocido escritor español, D. Francisco Acebal, director de *La Lectura* de Madrid, acogiendo con el más cordial compañerismo una proposición de la dirección de NOSOTROS, ha resuelto gustoso de esforzarse en colocar esta revista en el mercado de libros y difundirla entre los intelectuales de allá, empuñado con sus mejores deseos en establecer entre ambas publicaciones un lazo de verdadera amistad.

Nos anuncia también nuestro colega que *La Lectura* está próxima á crear una casa editorial, lo que contribuirá á afirmar y ampliar nuestras relaciones con ella, pues espontáneamente ofrece á NOSOTROS las mismas ventajas para sus suscritores que á los de *La Lectura*, y en primer término la adquisición de las obras que publicará dicha casa editora, con un 25 por ciento de rebaja en el precio.

A este empeño decidido del distinguido colega de establecer sólidos vínculos de amistad entre NOSOTROS y *La Lectura*, á sus desinteresados ofrecimientos y á su aplauso por la obra que NOSOTROS realiza, vaya de nuestra parte un “gracias” efusivo, sincero, partido de lo más hondo de nuestro corazón.

“NOSOTROS” en Cuba.

A las halagüeñas palabras de aliento que NOSOTROS recibe continuamente en cartas, diarios y revistas, así de Europa como de América, y que á menudo hemos transcripto con el único fin de dejar constancia del intercambio intelectual, lento pero

eficaz, que poco á poco va estableciéndose entre todos los intelectuales de habla latina, debemos unir en este número las que Julio Laurent Pagés, distinguido escritor cubano, director de la bella revista *América*, nos dedica en *El Diario Español* de la Habana, en su número del 4 de Mayo.

De las dos columnas en que nuestro colega se ocupa de *Nosotros*, analizando el texto de sus primeras ocho entregas, transcribiendo su *Presentación* en la primera y los nombres de sus redactores, entresacamos los párrafos siguientes que resumen el artículo del señor Laurent Pagés:

“Entre el sinnúmero de periódicos y revistas literarias y científicas que, á mi regreso de Europa, me he encontrado entre mi correspondencia, hay una recientemente fundada en la capital de la progresista República Argentina y que tiene por nombre el título de una novela inédita del notable literato Roberto J. Payró: *Nosotros*.

“En estos tiempos en que el cinematógrafo quita concurrencia al drama y á la ópera. en que la mayoría de los literatos jóvenes del continente son *poseurs*, en estos tiempos, repito, en que el noventa y nueve por ciento de los que se dedican á la literatura resultan al final detestables grafómanos, la aparición de una revista de las cualidades de *Nosotros* resulta un grito de protesta contra las costumbres de la época y un verdadero estímulo para los que, más aconsejados por el espíritu, se entregan con sincero entusiasmo al culto del Arte.

“La verdadera juventud literaria de América habrá visto con intensa alegría la aparición de *Nosotros*.

“Desde hace algún tiempo se notaba en el campo de nuestras letras un vacío que, aún á los más fanáticos y esperanzados, parecía difícil el que se llenase. Una verdadera revista literaria continental en la que la firma de todos los escritores, viejos ó jóvenes, de cada uno de los diferentes países hispano-americanos viesan sus trabajos al lado de los de sus colegas distantes, hermanados por un estrecho lazo cordial y sincero.

“Por lo manifestado, una revista de las proporciones de *Nosotros* está llamada á ocupar uno de los puestos más prestigiosos en las letras americanas”.

Al compañero que desde tan larga distancia, nos tiende afectuosamente la mano, nuestro más sincero agradecimiento.

Ernesto Mario Barreda

En nuestra constante intención de anotar en estas páginas todo esfuerzo, toda iniciativa que pueda significar, ó un progreso argentino en el campo intelectual, ó un estrechamiento de

fin de hacer la historia moral de la sociedad que refleja el pesimismo resultante de las investigaciones del positivismo.

La "Introducción al estudio de la medicina experimental" de Claudio Bernard es el verdadero manifiesto de la "Novela experimental" de Zola, el cual declara que el novelista debe ser un observador y un experimentador. "El observador dá los hechos tal cual los ha observado, dá el punto de partida y establece el terreno sólido sobre el cual van á caminar los personajes y desarrollarse los fenómenos. Luego el experimentador aparece é inicia la experiencia, esto es, hace mover á los personajes en una historia particular para demostrar que la sucesión de los hechos será tal cual el determinismo de los hechos puestos en estudio lo exige". "Continuamos con nuestras observaciones y experiencias la obra del fisiólogo que á su vez continúa la del físico y del químico. Debemos operar sobre los caracteres, sobre las pasiones, sobre los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico operan sobre los cuerpos brutos, como el fisiólogo opera sobre los cuerpos vivos".

Estas citas no requieren comentarios y son la más evidente prueba del acercamiento cada vez más preciso de la ciencia y literatura y así lo entiende Zola en la misma obra, al decir: "La novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo.... sustituye al estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, el estudio del hombre natural sometido á las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio; es, en una palabra, la literatura que corresponde á nuestra época científica así como la literatura clásica y romántica han correspondido á una edad de escolástica y teología".

Rosny ha ensanchado los límites del cuadro en que se movía su maestro, y nuestra no sólo la relación del individuo con su medio, sino también la que le une con la humanidad, con el Cosmos entero. Tiene en la ciencia una fe absoluta, la adora como á una Religión y funda en ella la felicidad del porvenir.

Después de los grandes maestros, tenemos á los discípulos é imitadores que han querido seguir las huellas señaladas, aprovechando las tendencias del siglo en edificar obras en que el interés principal resulta de alguna anomalía ó perversión sexual.

Y sin detenernos en Verue y Flammarion que equivocan el fin por el medio, tenemos aun en la misma corriente á Bourget, Ohnet, Feuillet Maupassant, Gyp, Daudet, etc., que han sufrido más ó menos artísticamente la influencia de las corrientes científicas dominantes.

En poesía, á la inquietud vaga de los románticos ha sucedido una melancolía darwinista: la obra de Leconte de Lisle traduce este estado filosófico de los espíritus y es obra de erudito al mismo tiempo que de poeta.

vínculos espirituales entre este país y los demás de América ó la madre patria, debemos agregar al triunfo de Ricardo Rojas en el Ateneo de Madrid, de que hablamos en el número anterior, el de otro argentino, un poeta, Ernesto Mario Barreda, quien leyó últimamente en dicha institución, ante un numeroso y selecto auditorio, sus composiciones poéticas, bellas poesías en las cuales la corrección se hermana á la galanura, valiéndole á su autor el éxito más merecido.

Una vez más debemos, pues, felicitarnos y expresar además nuestra simpatía por el Ateneo de Madrid, que tan favorable acogida ha siempre dispensado á los buenos escritores de América.

Advertencia

La impresión de esta revista que equivale á la de un libro, por las nul dificultades que importa, le ha impedido aparecer esta vez en la fecha fijada.

Pedimos disculpa á nuestros lectores por este pequeño retraso sólo debido á imprevistas dificultades de impresión.

De los últimos libros recibidos, se ocupará Nosotros en el próximo número de Agosto.

Nosotros.

NOSOTROS

AÑO II — TOMO II

INDICE

A

Alberini Coriolano	El Amoralismo subjetivo	119	195
Aymerich Juan	Sonetos		133

B

Banchs Enrique J.	"De mi villorio".	322
" " "	Versos de este Otoño	390
Baroffio Bertolotti Ida	Cuando la mujer escribe	174
Bianchi Alfredo A.	"Los derechos de la salud".	87
" " "	Concurso Labardén	226
" " "	"Los Colegas".	223
B.	Miccio Horszowski (soneto) con retrato	112 bis
Blixen Samuel	Charlas de un montevideano	61
Bravo Mario	El regreso (versos).	178
Bunge Carlos Octavio	Florencio Sánchez.	71
" " "	Hoyos, novelista español.	169

C

Canata Julio S.	Mandolinata (versos).	207
Cancio Juan	¡Bravo Sánchez!.	59
Cárbia Rómulo D.	"Santiago Liniers"	214
Costa Rubert Alfredo	Revista de Revistas.	91 155

D

Della Costa (hijo) Pablo	Canto á María (versos)	138
Dellepiane Antonio	La Filosofía Jurídica	235
Díaz Romero Eugenio	Poniente trágico (versos)	306
Doello Jurado Luis	Florencio Sánchez.	81
Duprat Emilio	Información filosófica.	309

E

Estrada (hijo) Angel de	La góndola de María Anto- nieta (versos)	379
--	---	-----

F

F

Fortún Fernando	Idilios (versos)	166
Friedrich Hans	"La Nave"	97

G

Gerchunoff Alberto	"La casa de la Primavera"	142
Giménez Pastor Arturo	Florencio Sánchez.	79
Giusti Roberto F.	Letras argentinas.	150 219
" " "	"El Imperio Jesuítico"	327
Guillén Clotilde	La Ciencia y el Arte.	398

I

Ingenieros José	Sobre el Amor	384
Ipiña Luis	"Recuerdos de niñez y de moedad"	320

L

La Dirección	Explicación.	5
-------------------------------	----------------------	---

M

Márques Sterling M.	Los versos de Fray Cándil.	113
Más y Pi Juan	Juan Maragall	145
Mertens Federico S.	De mi vida.	312

Montero Bustamante Raul.	La obra de Florencio Sánchez	74
Monteavaro Antonio . . .	El hermano de Florencio. . .	76.



N

Nápoli Vita V. de	En la frontera.	65
Nervo Amado.	Los que ignoran que están muertos.	110
"Nosotros"	Notas y Comentarios. 94, 159, 220	333 406

R

Pardal Ambrosio	La labor de Sánchez	82
" " " "	De Amicis.	210
Pardo José	Prosas para Margot.	185
Pichardo Manuel S.	Esta noche de Noviembre (versos)	118
Pinto Escalier Arturo . . .	La dama inefable (versos). . .	193

R

Rojas Ricardo	El desnudo en el arte	299
Rojas Nerio A.	Ven ligero y olvida. (versos)	405

S

Sanchez Florencio	Los derechos de la salud. (teatro).	7
Shérif Leonardo	Tarde de sol y de fatiga (ver- sos).	167
Scussens Carlos de	Cantique des Cantiques (ver- sos).	108

T

Thespis.	Los Colegas (teatro)	246. 337
Tobal Gastón Federico . . .	El diario de Iney Ocampo.	184

U

Ugarte Manuel Claro de Luna (versos) . . 298

V

Vaz Ferreira Carlos Reacciones. 161
 Vedia Joaquín de Florencio Sánchez. 69
 Velasco Leopoldo Semblanzas de la tierra (versos). 316
